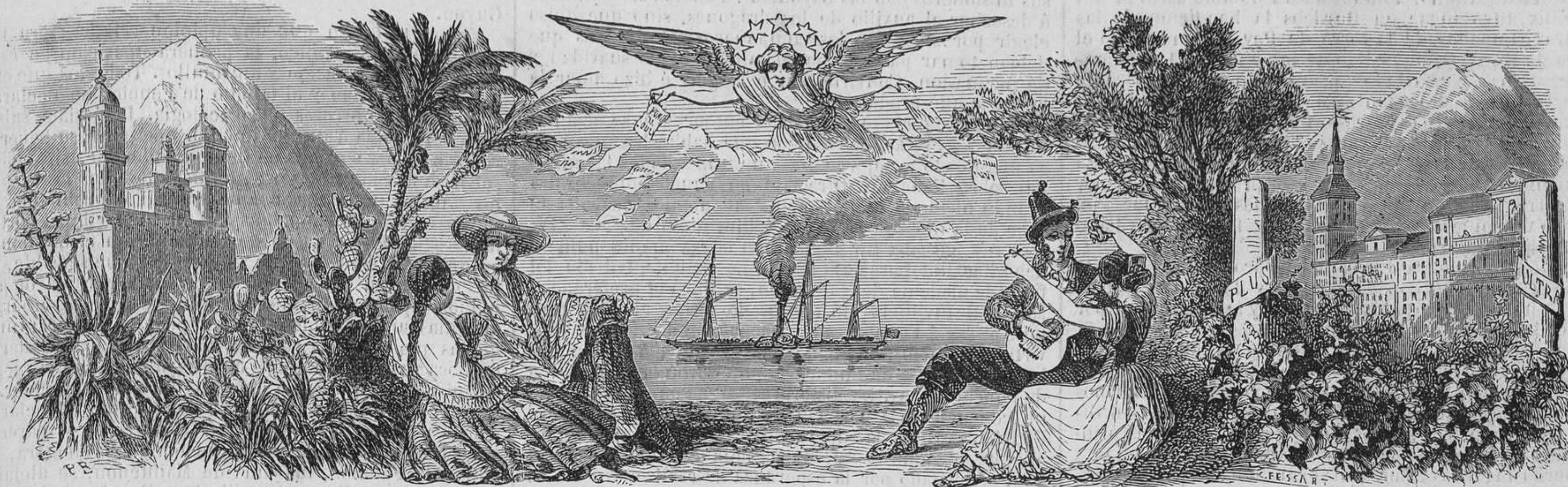


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 9 de *la Moda*.

1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en París.

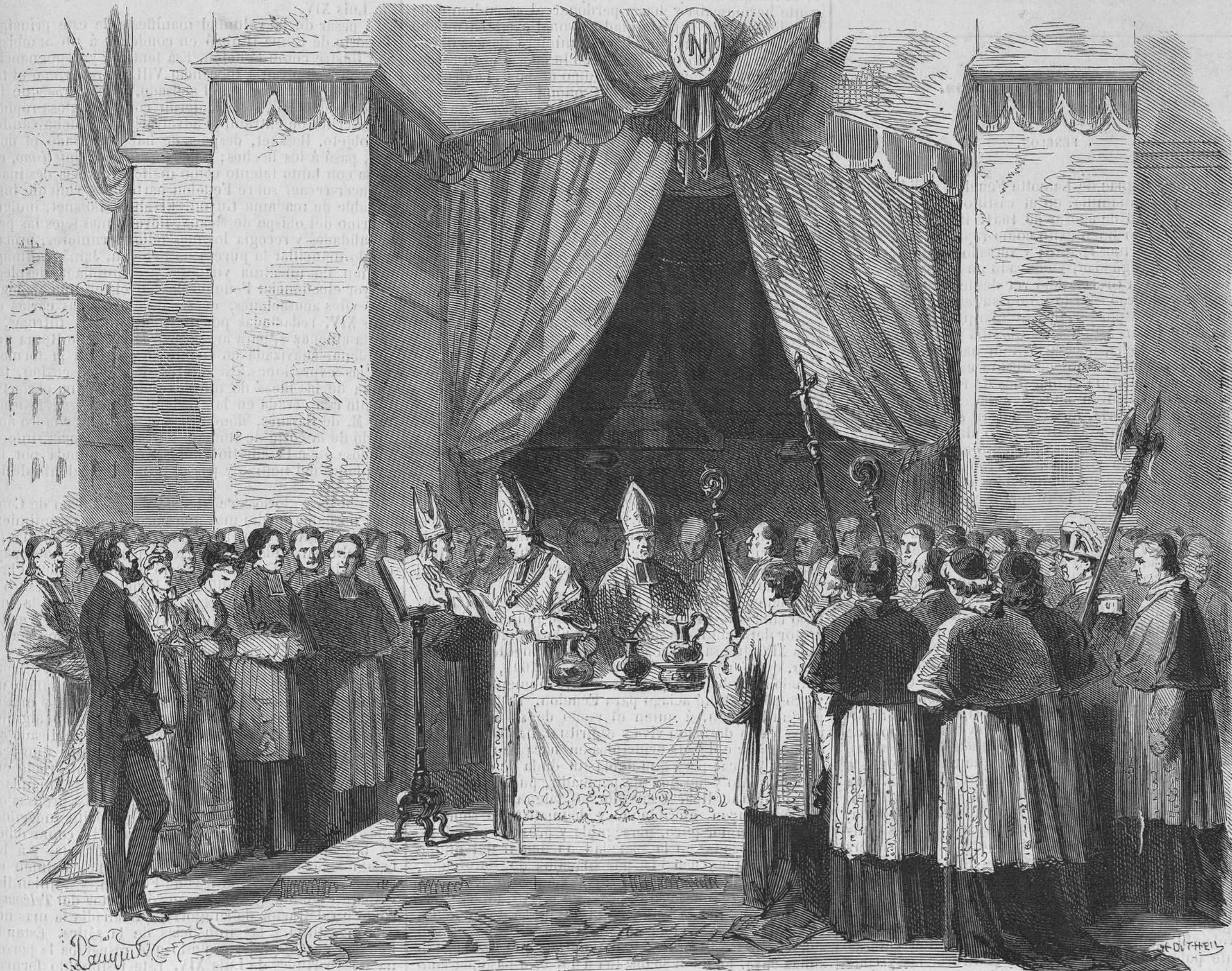
AÑO 28. — N° 852.

SUMARIO

La torre de Pey-Berland en Burdeos; grabado. — Estudios biográficos. — Las fiestas del Cairo; grabados. — La expo-

sicion de Beauvais; grabados. — Revista de París. — Usos y costumbres orientales. — La Conserjería y el Depósito de la Prefectura en París; grabados. — Cercanías de París; gra-

bados. — El falso Profeta. — Los motines de Seraing; grabado. — Los libros y los lectores, por Valentin; grabados. — Manuela. — Problemas de ajedrez; grabado.



BURDEOS. — Bendicion de las campanas de la torre de Pey-Berland, por Monseñor Donnet, arzobispo de Burdeos.

La torre de Pey-Berland, en Burdeos.

BENDICION DE LAS CAMPANAS.

El martes último, despues de un notable sermón del P. Félix, tuvo lugar en Burdeos la bendición de las nuevas campanas de la torre de Pey-Berland. Todo el clero de Burdeos, precedido de los niños de las escuelas cristianas y reforzado con un número considerable de eclesiásticos procedentes de todos los puntos de la diócesis, formaba la procesion que se dirigió al sitio donde debia hacerse el bautizo de las campanas. Tres mitras se destacaban en aquella muchedumbre y atraian particularmente las miradas, y eran las de Monseñor Gaziellan, antiguo obispo de Vannes, Monseñor Pie, obispo de Poitiers, y S. E. Monseñor Donnet, cardenal arzobispo de Burdeos.

En toda la carrera que siguió la procesion, las casas estaban adornadas con colgaduras y flores. Los balcones se hallaban atestados de gente, y la circulacion por las calles vino á ser imposible.

Habiase adornado cuidadosamente la puerta de la torre de Pey-Berland, y en medio de ricos tapices y de flores, se veían las tres nuevas campanas. Los padrinos y madrinas pertenecian á las primeras familias del Gironda, y ocupaban puntos de honor al lado de las principales autoridades del departamento. Seguidamente tuvieron lugar las interesantes ceremonias que se acostumbra en estos casos: el cardenal Donnet exorcizó las campanas una por una, las marcó con el óleo santo y fué el primero que hizo vibrar el badajo; luego el padrino y la madrina hicieron resonar igualmente el bronce sonoro en medio de los gritos entusiastas de una multitud innumerable. Un radiante sol acabó de dar brillo á tan bella ceremonia.

Por la noche todas las iglesias de Burdeos y muchas casas estaban iluminadas; pero lo que mas se admiró fué la magnífica iluminacion de la torre de Pey-Berland. Bajo la accion concentrada de una pila eléctrica colocada en el patio de una casa contigua, la Virgen dorada que corona la torre estaba tan resplandeciente que producía un efecto verdaderamente maravilloso.

C. DE L.

Estudios biográficos.

FENELON.

Francisco Salignac de Lamotte Fenelon nació de una antigua é ilustre familia, en el castillo de su nombre, en Perigord, el 6 de agosto de 1651. Hizo sus estudios literarios con tan buen éxito como rapidez, bajo la direccion de su virtuoso padre; y versado en los preceptos de la clásica antigüedad, y educado en la soledad sobre los modelos de la Grecia, dejó ver desde su infancia, así su noble y delicado gusto como su amable carácter. Llamado á Paris por su tío, el marqués de Fenelon, para terminar sus estudios de filosofía y emprender el curso de la teología, necesario á su naciente vocacion, sostuvo á los quince años el mismo exámen que Bossuet. Ese brillo alarmó al marqués de Fenelon, el cual, para sustraer al joven apóstol á las seducciones del mundo y de la gloria, le hizo entrar en el seminario de San Sulpicio. En ese retiro fué donde se penetró Fenelon del espíritu evangélico, y logró merecer la amistad de un hombre virtuoso, M. Tronson, superior de San Sulpicio. Allí recibió tambien las órdenes sagradas, y por entonces fué cuando su fervor religioso le inspiró el intento de consagrarse á las misiones del Canadá. Hallando obstáculos para este proyecto en los temores de su familia y en la debilidad de su temperamento, dirigió luego su atencion hácia las misiones de Levante, hácia la Grecia, donde llamaban su imaginacion poética y religiosa sus recuerdos sagrados y profanos: San Pablo y Sócrates, la iglesia de Corinto, el Partenon y el Parnaso. Felizmente para la Iglesia y para la Francia, ese proyecto se desvaneció tambien, y Fenelon, distraído de esas misiones lejanas, se dedicó enteramente á un apostolado que no creyó menos útil, la instruccion de las *Nuevas católicas*. Los deberes y obligaciones de este empleo, en que sepultó, digámoslo así, su númen durante diez años, le prepararon para la composicion de su primera obra, el *Tratado de la educacion de las niñas*, obra maestra de delicadeza y saber, que no han logrado igualar ni el autor del Emilio ni el pintor de Sofía. Esta obra estaba destinada para la duquesa de Beauvilliers, madre piadosa y prudente de una numerosa familia. Fenelon, en medio de la modesta oscuridad de su ministerio, conservaba ya con los duques de Beauvilliers y Chevreuse aquella virtuosa amistad que resistió igualmente al favor y á la desgracia, á la corte y al destierro. Habia encontrado en Bossuet un afecto que debia ser menos duradero. Admitido en el número de los amigos de este grande hombre, estudiaba su númen y su vida. El ejemplo de Bossuet, cuya religion enteramente polémica se ejercitaba en controversias y conversiones, le inspiró sin duda la idea del *Tratado del*

Ministerio de los Pastores, en el cual se echa de ver mayor moderacion que en su ilustre modelo.

El objeto, el mérito de esta obra y el voto omnipotente de Bossuet indujeron á Luis XIV á confiar á Fenelon una nueva mision en el Portú. La rigurosa uniformidad que queria establecer aquel monarca en todas las conciencias de su reino, y la resistencia que nacia de la opresion, le obligaban muchas veces á apovar á sus misioneros con las bayonetas. Fenelon no se limitó á desechar el auxilio de los dragones, sino que quiso elegir por sí mismo los compañeros eclesiásticos que debian tomar parte en aquel ministerio de suavidad y de persuasion. Convirtió sin perseguir é hizo amar la creencia que predicaba.

La importancia que se daba entonces á semejantes misiones y el modo airoso con que habia desempeñado su apostolado, atrajeron mas que nunca todas las miradas sobre Fenelon. Ofrecíase en aquel entonces un grande objeto á la ambicion y al talento. Acababa de salir de la infancia (1689) el delfin, nieto de Luis XIV, y el rey buscaba un hombre en cuyas manos pudiese depositar aquel precioso tesoro. La virtud, auxiliada del favor de madama de Maintenon, se llevó la preferencia. M. de Beauvilliers fué nombrado ayo, y eligió y propuso al rey á Fenelon para preceptor del príncipe. Esos virtuosos amigos, auxiliados por los desvelos de algunos hombres dignos de imitarles, empezaron la noble tarea de educar un rey. La historia atestigüa que nunca se vió un concurso mas perfecto de voluntades y esfuerzos. Fenelon era, por la superioridad natural de su númen, el alma, digámoslo así, de aquella reunion. El era el que, arrebatado por la esperanza de realizar un día el bello ideal sobre el trono, y haciendo de la Francia en la educacion de su rey, destruía con arte admirable todos los gérmenes peligrosos que la naturaleza y el sentimiento prematuro del poder habian depositado en su corazon joven, y trasformaba los defectos de un carácter indómito en las mas saludables virtudes. Esta educacion, de que nos quedan vestigios inmortales en algunos escritos de Fenelon, parecia la obra maestra del númen que se consagra á la felicidad de los hombres.

Trasportado Fenelon en medio de la corte, no entregándose á ella sino á medias, se hacía admirar por las gracias de un talento brillante y por el embeleso de una conversacion mas noble y elocuente. Veíase en él algo de un apóstol y de un noble señor. Rebosaban en él la imaginacion y el númen, y la cortesania mas elegante hermoseaba y hacia perdonar el ascendiente de su talento. Esta superioridad personal excitaba mucho mas la admiracion que el corto número de sus obras. Bajo este respecto fué alabado en la época de su recepcion en la Academia, y poco tiempo despues, La Bruyere le pintaba aun bajo la misma fisonomía, que podian reconocer fácilmente todos sus contemporáneos. « Se siente, decía, la fuerza y ascendiente de ese prodigioso talento, sea que predique improvisando, sea que pronuncie un discurso estudiado y elocuente, sea que explique sus ideas en la conversacion: dueño siempre de los oidos y del corazon de los que le escuchan, no les permite ni envidiar tanta elevacion, ni tan brillantes facultades, ni tanta delicadeza y urbanidad. »

Este ascendiente de virtud, de gracia y númen, que excitaba en el corazon de los amigos de Fenelon cariño y entusiasmo, y que habia seducido á madama Maintenon, á pesar de su desconfianza y reserva, se estrelló siempre contra las prevenciones de Luis XIV. Este príncipe apreciaba sin duda al hombre á quien confiaba la educacion de su nieto, mas no le caía en gracia. Se ha creído que la elocucion brillante de Fenelon incomodaba á un príncipe que queria descollar sobre todos. Mas si se recorre una carta en que Fenelon, en el desahogo de la confianza, decía á madama de Maintenon « que Luis XIV no tenia ninguna idea de sus deberes de rey, » se supondrá fácilmente que una opinion tan dura, y de que Fenelon parecia hallarse harto convencido para no haber soldado alguna revelacion indiscreta, no debió quedar completamente ignorada de un monarca acostumbrado á los elogios y que podía ofenderse de un juicio menos severo. La historia debe echar en rostro á Fenelon el injusto rigor de esa opinion acerca de un príncipe que, aunque absoluto, conservó siempre decoro y grandeza, y mantuvo ileso el honor bajo el despotismo, su mayor enemigo.

Fenelon conservó en la corte el mayor desinterés. Pasó cinco años en ella en el empleo eminente de preceptor del delfin, sin pedir ni recibir ninguna gracia. Luis XIV, que sabia recompensar noblemente y con justicia, quiso reparar este olvido, y en 1694, nombró á Fenelon arzobispo de Cambrai. Este momento de favor y prosperidad fué aciago para Fenelon. Ya hacia tiempo que Fenelon, á quien el vuelo de su alma arrastraba á una devocion viva y espiritual, habia creído reconocer parte de sus principios en boca de una mujer piadosa y loca; pero que debia sin duda de estar dotada de talento y del don de persuadir, pues ejerció un influjo extraordinario en muchos talentos superiores. Madama Guyon, escribiendo y dogmatizando sobre la gracia y el amor puro, perseguida y presa al principio, admitida despues en la sociedad particular del duque de Beauvilliers, acogida por madama de Maintenon, autorizada á esparcir sus doctrinas en Saint-Cyr, sospechosa despues á Bossuet, presa de nuevo, interrogada y condenada; fué la causa de la desgracia de Fenelon.

Bossuet quiso que el nuevo arzobispo de Cambrai condenase los errores de una mujer que habia sido amiga suya. Fenelon se negaba á dar este paso por conciencia y delicadeza, temiendo comprometer unas opi-

niones que eran las suyas, y queriendo tener algunas consideraciones con una infeliz que solo le parecia culpable de exageracion en el amor de Dios. En fin, tal vez porque era hombre, le chocaba el orgullo teológico de Bossuet, que le estrechaba cuanto podia, como si hubiese querido convertirle. Fenelon publicó aquel libro famosísimo de las *Máximas de los santos*, que se puede considerar como una apologia indirecta ó como una confesion atenuante de los principios de madama Guyon.

En un siglo en que una opinion religiosa era un acontecimiento político, la primera aparicion de esta obra excitó admiracion y murmullos. Todos los que envidiaban el puesto y el talento de Fenelon se declararon contra los errores de su teología. Demasiado sabio para dar cabida á un sentimiento que pudiese hacerle ruborizar; pero al mismo tiempo inflexible, sin poder sufrir se le contradijese, y sacrificando todos los respetos y miras mundanas cuando creia comprometida la fe, Bossuet denunció á Luis XVI, en medio de su corte, la herejía del arzobispo de Cambrai. En el momento en que tenia Fenelon que sufrir este golpe sensible, el incendio de su palacio de Cambrai, la pérdida de su biblioteca, de sus manuscritos, de sus papeles, amargó aun mas su pesar, bien que sin poderle arrancar mas quejas que aquellas palabras tan tiernas y verdaderas en boca suya: « Vale mas que haya prendido el fuego en mi palacio que en la choza de un pobre labrador. »

Entre tanto Bossuet, despues de su primera declaracion, se preparaba á perseguir á su rival, y parecia querer arrancarle una retractacion. La protectora, la amiga de Fenelon, madama de Maintenon, se alejaba de él con una tibieza inexplicable. Fenelon sujeta su libro al juicio de la Santa Sede. Bossuet habia compuesto ya algunas observaciones en las cuales se encubre la mas amarga y vehemente censura, bajo las expresiones ostentosas de pesar y amistad, proponiendo al mismo tiempo una conferencia, á la cual se denegó siempre Fenelon, prefiriendo defender su libro en el tribunal de Roma.

Por aquel mismo tiempo recibió la orden de salir de la corte y de retirarse á su diócesis. Esta noticia excitó en el alma del duque de Borgoña un dolor que es el mayor elogio de la educacion de este príncipe. La intriga habia querido aprovecharse de la caída de Fenelon para volcar al duque de Beauvilliers; mas su misma virtud le sostuvo, y el desinterés con que defendía la causa de un amigo desgraciado interesó la generosidad de Luis XIV.

A pesar de la voluntad manifiesta de este príncipe, la corte de Roma titubeó en condenar á un arzobispo tan ilustre como Fenelon. Esa lentitud y repugnancia, que tanto honran á Inocencio VIII, dieron vuelo al talento del acusador y del acusado, y mientras que los jueces vacilaban, se sucedieron con prodigiosa rapidez los escritos de entrambos adversarios. La lucha cambió de objeto. Bossuet, despues de haber apurado el dogma, pasó á los hechos; y la *Relacion del Quietismo*, escrita con tanto talento como malicia, parecia destinada á hacer recaer sobre Fenelon parte de lo ridículo inseparable de madama Guyon. El abate Bossuet, indigno sobrino del obispo de Meaux, llevaba mas lejos las personalidades y recogía los mas odiosos rumores, procurando mancillar la pureza de Fenelon. Jamás la indignacion de un alma virtuosa y calumniada desplegó mayor elocuencia. Fenelon desvaneció en una apologia esas viles acusaciones, necesitándose nuevas cartas de Luis XIV, redactadas por Bossuet, nuevas intrigas, y hasta amenazas, para arrancar á la corte de Roma una condena, suavizada en cuanto se pudo en la forma y en las expresiones. El interés de esta discusion, tan ajena de las ideas de nuestro siglo, se halla perfectamente conservada en la excelente *Historia de Fenelon*, por M. de Bassues, donde se encuentra el cuadro animado de la corte de Roma y de la de Francia, interesándose en esta cuestion tan frívola, abulada por las opiniones del tiempo y por el prodigioso talento de los dos rivales.

La larga y gloriosa resistencia del arzobispo de Cambrai no habia hecho mas que enconar los resentimientos de Luis XIV, contribuyendo no poco á hacer mas irrevocable su caída de la corte la perplejidad del papa en condenarle. Cuando apareció por fin en 1699 el breve por tanto tiempo diferido, Fenelon se apresuró á suscribir á él en una carta tierna y sencilla, en la cual no dejó Bossuet de encontrar mucho orgullo y ambigüedad. Es muy cierto que ni la sumision modesta de Fenelon, ni su silencio, ni sus virtudes episcopales y la veneracion que inspiraban le hubieran vuelto á allanar jamás el camino de la corte de Luis XIV, cuando un acontecimiento inesperado vino á irritar mas y mas el corazon del monarca. El *Telémaco*, compuesto algunos años antes, en la época de Fenelon, fué publicado algunos meses despues de los acontecimientos que acabamos de referir, por la infidelidad de un criado encargado de copiar el manuscrito. Esta obra, mandada recoger en Francia, fué reproducida por las prensas de Holanda, y obtuvo en toda Europa un éxito indecible, pues la malignidad presentaba á Luis XIV como odioso, buscando en ella alusiones á las conquistas y á las calamidades de su reinado. Este príncipe, á quien no agradaban las ideas políticas de Fenelon, y á quien llamaba un talento quimérico, miró al autor del *Telémaco* como un detractor de su gloria, que añadia la mas negra ingratitud á las injusticias de la sátira. Estando Fenelon para espirar, protestó que respetaba la persona y las virtudes de Luis XIV. Este testimonio formal, comparado con el juicio severo de Fenelon en la carta

de que hablamos mas arriba, no permite mas que una explicacion que concilia su gloria con la verdad. Este hombre sensible y virtuoso, preocupado por las desgracias que ofuscaban el brillo del reinado de Luis el Grande, trasladaba involuntariamente en una obra de imaginacion algunos rasgos del cuadro que tenia á la vista y que afligia su alma. ¿Y cómo hubiera podido dejar de hacerlo? ¿Cómo cabia hablar de los pueblos y de los reyes sin presentar alusiones á los contemporáneos? El círculo de las calamidades y de los yerros humanos es mas limitado de lo que se cree. *Habrán vicios mientras haya hombres*, dice Tácito, y mientras haya vicios, la historia de los tiempos pasados parecerá la sátira del siglo presente.

El *Telémaco* presenta sin duda algunas reflexiones que pueden aplicarse á Luis XIV; pero es una injusticia absurda el buscar la censura alegórica y premeditada de este rey: aun mas, no cabia combinar mejor la obra para desbaratar las alusiones y para huir en cuanto era posible de la inevitable fatalidad de la semejanza. Nosotros somos de parecer que esta precaucion generosa estaba embargando á Fenelon, mientras escribia para la felicidad de los pueblos, y que ella fué la que hizo echar mano de este concepto poético, de esas costumbres primitivas, de esas sociedades antiguas tan diferentes del cuadro de la Europa moderna. Fuera de esto ¿á qué fin se hubiera inclinado á pintar á Luis XIV bajo la imagen del imprudente Idomeneo ó del sacrilego Adrasto, mas bien que bajo la imagen del grande y virtuoso Sesostris?

Pero no, esas diversas imágenes son las creaciones de una imaginacion variada que procura multiplicar interesantes contrastes, ninguna en particular es el retrato satírico del gran monarca cuyo reinado ha formado la época moral mas hermosa de la Europa moderna.

Fenelon supo luego la inefable impresion que habia hecho el *Telémaco* en el corazon del rey; pareció resignarse á su destierro de la corte, que tuvo alguna vez la flaqueza de llamar su desgracia; como si la larga permanencia de un arzobispo en medio de su rebaño pudiese recordar jamás una idea de humillacion y desdicha. Por lo demás, si Fenelon recordaba alguna vez con sentimiento la corte de Luis XIV, debióse consolar con la felicidad que rodeaba su silla arzobispal en su retiro de Cambrai.

La santidad de los antiguos obispos, la severidad de la iglesia primitiva, la dulzura de la virtud mas indulgente, el celo en el desempeño de los deberes mas humildes del santo ministerio, una bondad á toda prueba, una caridad inagotable: hé aquí los rasgos bajo los cuales pinta á Fenelon un elocuente y virtuoso obispo que tenia derecho de fijar su atencion en esa respetable imagen.

El primer cuidado de Fenelon era instruir á los clérigos de un seminario que habia fundado, ni se desdenaba de enseñar el catecismo á los niños de su diócesis. Como los obispos de la iglesia primitiva, subia á menudo á la cátedra, y entregándose á su corazon y á su fe, hablaba sin haberse preparado de antemano y derramaba los tesoros de su ingenio. Una ocasion imprevista le permitió desarrollar con mas trabajo su elocuencia natural. El sermón que pronunció en la catedral de Lila para la consagracion del arzobispo de Colonia es uno de los fragmentos mas hermosos y perfectos de la elocuencia cristiana.

Las desgracias de la guerra que castigaron en fin la larga gloria de Luis XIV, conduciendo á las tropas enemigas hasta la diócesis de Fenelon, proporcionaron al santo obispo una ocasion de desplegar su celo y de hacer nuevos sacrificios. Su saber, su firmeza, la nobleza de su lenguaje inspiraban á los generales enemigos un saludable respeto á las desgraciadas provincias de Flandes. Eugenio era digno de oír al grande hombre cuyo número admiraba.

En medio de tantos afanes y trabajos, mantenía Fenelon una correspondencia muy extensa con los eclesiásticos que le consultaban; con sus amigos y parientes; y en ella se reconoce siempre al genio feliz al cual se presentaban naturalmente todas las ideas sábias y notables del asunto que le ocupaba. Muchas de sus cartas encierran todos los secretos de la ciencia del mundo, analizados con la finura de un cortesano, y expresados en el estilo de La Bruyère naturalmente y sin esfuerzo.

La situacion de Cambrai en las fronteras de la Francia, atraía al lado de Fenelon muchos extranjeros, los cuales se acercaban á él y le dejaban penetrados de religiosa admiracion. Sin hablar de Ramasay, que pasó muchos años en el palacio de Fenelon, el famoso mariscal Munich y el desgraciado Jacobo III (1) sintieron el atractivo de su conversacion y el ascendiente de su profundo saber. Uno de los privilegios de Fenelon era el parecer igualmente admirable á los ojos de un sacerdote, de un diplomático ó de un militar, ventaja mas fácil á la verdad de concebir en una época en que la religion y la moral formaban un círculo común, antes que la fuerza hubiese pasado á ser un poder separado. Fenelon, en los sabios consejos que daba á Jacobo III, manifestaba el alto aprecio con que miraba á la constitucion inglesa, tan fuerte á la vez contra el despotismo y contra la anarquía.

Fenelon estaba exento de ese patriotismo limitado

que calumnia cuanto existe mas allá de las fronteras. Su alma virtuosa necesitaba abrazar todo el universo, y buscar en él la felicidad de todos los hombres. «Mas quiero, decia, á mi familia que á mi mismo; mas quiero á mi patria que á mi familia, y aun mas al género humano que á mi patria.» Admirable progresion de sentimientos y deberes. Espiritus falsos y perversos han abusado de este principio, digno sin embargo de ser autorizado por Fenelon, y que es el *charitas generis humani* de Ciceron, desmentido empero por las feroces conquistas de los romanos, quienes, no menos inconsecuentes que bárbaros, se regocijaban con las heridas y la muerte de sus gladiadores, en el mismo teatro donde aplaudian con entusiasmo este verso mas bien humanitario que patriótico:

Homo sum, humani nihil à me alienum puto.

El cristianismo era digno de consagrar por boca de Fenelon esta máxima que ha grabado la naturaleza en el corazon del hombre. Cuando triunfará esta verdad, entonces, solo entonces creemos en el progreso de las luces. Despues de todos esos gritos patrióticos, que muchas veces no son mas que las divisas del egoismo, los pretextos de que echa mano la ambicion y las señales de la guerra, ¿cuándo será que, deponiendo las armas y por un voto que es tiempo ya de cumplir, se diga á voz en grito: *Viva el género humano?*

La humanidad de Fenelon no se limitaba á especulaciones exageradas, á generalidades impracticables que, cuando menos, suponen ignorancia de datos: ni era su política el sueño de un alma virtuosa. Fenelon habia visto y juzgado la corte y á los hombres; conocia la historia de todos los siglos, y estaba dotado de cierta independencia de talento que le elevaba sobre las preocupaciones de estado y de nacion. Meditense las diversas memorias que dirigió al duque de Beauvilliers, y se verá la exactitud de sus miras. La desastrosa guerra de la sucesion de España, acercando el teatro de los combates á la morada de Fenelon, le proporcionó el placer de abrazar, despues de diez años de ausencia, al príncipe que él habia formado, y que venia á mandar las últimas tropas de Luis XIV vencido. La historia no puede disimular que el discípulo de Fenelon en el mando de los ejércitos no correspondió á lo que se prometia de él la Francia. Las cartas de Fenelon al duque de Borgoña durante esta época decisiva, al mismo tiempo que manifiestan la franqueza severa, el ascendiente singular del mentor, hacen sospechar que este príncipe, instruido, dócil, virtuoso, tenia á la par un genio muy apocado.

Fenelon, hombre tan sensible á las amistades de este mundo, y que deseaba que todos los buenos amigos se aguardasen unos á otros para morir juntos, perdió en poco tiempo casi todos los que amaba. Mientras que afligido por tantas pérdidas sucesivas, escribía: «Yo no vivo mas que por la amistad, y la amistad será la que apresurará mi muerte,» esta le arrebató el duque de Beauvilliers: él mismo murió cuatro meses despues, el 7 de enero de 1715, á la edad de sesenta y cuatro años. Una leve caida aceleró este momento que él esperaba con ansia: su muerte como su vida fué la de un obispo grande y virtuoso.

(Se continuará.)

Las fiestas del Cairo.

El casamiento de la hija del virey de Egipto con Mansur-bajá nos ofrece la ocasion de dar á conocer las interesantes fiestas con que se celebran las bodas en Egipto.

Quando se trata de un alto personaje, una boda es como si dijéramos, una fiesta pública. El esposo abre á todo el mundo su palacio, y este palacio está lleno de maravillas. La hospitalidad proverbial de Oriente se muestra ese dia en todo su brillo. Y es de advertir que en estos regocijos, no solo toman parte los convidados oficiales, sino todo el mundo, sin distincion de clase: todo el que pasa está convidado. Las mesas están puestas: los jarabes refrescantes y los sorbetes circulan entre la muchedumbre que tiene despierta el moka. Los numerosos sirvientes del amo de casa hacen su servicio con una alegría grave y un paso lento que se extrañarían mucho en Europa, y que forma un contraste singular con la desenfrenada gimnástica de los *kowals* (bailarines). El ardiente Mediodia no conoce los términos medios. Llamados para divertir á los convidados del esposo, y embriagados en cierto modo por la fiesta, los bailarines parecen dementes. Visten el traje de *ghawasy* (bailarinas), que por su sexo se hallan excluidas de las fiestas que dan los hombres. Se adornan con collares y brazaletes, y en la cabeza llevan cequies de oro. Sus párpados están pintados de negro con una preparacion de antimonio que llaman *khol*, y que usan las mujeres para hacer mas expresivos sus ojos. Las extremidades de los dedos y las palmas de las manos, están teñidas de rojo aranjado con el *hennéh*, segun el uso de las damas egipcias. Por último, se ponen el ancho pantalon de las mujeres y un sayo que llaman *yelek*.

La perfeccion de su danza consiste en reproducir con toda verdad los grados del sentimiento del amor. Una

orquestra, compuesta de los principales instrumentos que se pudieron ver en Paris en la Exposicion de 1867, acompaña sus ejercicios coreográficos. El bailarín, armado de crótales agita sus manos á compás, ata y desata en su cuerpo una faja flotante y toma todas las actitudes de las bailarinas. El disfraz le da algo de grotesco que excita la hilaridad de los espectadores. La música, el canto, el ruido de la muchedumbre, forman un alegre conjunto, que produce cierta embriaguez y recuerda aquellos espectáculos que tan bien contaba Scheherazada.

Estas fiestas duran muchos dias, y luego acompañan á la novia al domicilio del esposo. Nuestro segundo dibujo representa este acompañamiento destilando por delante del palacio del príncipe heredero. Este edificio se encuentra en la plaza del *Esbekieh*, que es una de las mas hermosas que hay en el Cairo. El virey actual, que no solo procura los progresos de su pueblo, sino su bienestar particular, ha transformado completamente esta plaza, que en otro tiempo era un vasto jardín invadido cada año por las aguas de la inundacion, y que es ahora una de las maravillas de la capital.

Muchos recuerdos históricos tiene el *Esbekieh*. Allí estaba la casa del general Bonaparte, aquí Kleber fué víctima de un fanatismo que hoy está lejos de todos los corazones, en esa poblacion benigna y cordial de Egipto. El palacio del príncipe heredero no podia hallarse mejor colocado. ¿Por ventura no es el porvenir de ese magnífico país, el continuador de su padre en la gloriosa obra emprendida por su abuelo, Mehemet-Ali-Bajá, en provecho de la civilizacion?

Por delante de ese edificio pasa, como hemos dicho, el acompañamiento de la princesa que se dirige á la morada nupcial. De este modo pues, los dos dibujos que damos aquí, reproducen las dos partes mas interesantes de la solemnidad. El pueblo aclama á la hija de su soberano. La jóven desposada, enteramente oculta á las miradas de los curiosos, escoltada por su familia y por los personajes de la corte, se adelanta lentamente, conducida por las damas de honor, hácia el palacio de su esposo, donde va á entrar por primera vez.

D. L. G.

La Exposicion de Beauvais.

Las exposiciones siguen á la moda, y verdaderamente es de aplaudir el incremento que toman estas fiestas del trabajo, las cuales al estimular al inventor, activan la produccion y contribuyen al progreso general del país.

La exposicion del Havre ha demostrado con su gran éxito que los concursos regionales, despues de las exposiciones universales, pueden hacer al país grandes servicios. La exposicion de Beauvais va á continuar esa serie de brillantes exhibiciones; y aunque no debe abrirse hasta el 1º de junio, ya en el dia siente la necesidad de ensanchar sus alas con vastas dependencias.

M. Ch. Levêque es el autor de la idea de organizar en Beauvais una grande exposicion industrial, agrícola, hortícola y arqueológica, idea que tuvo desde luego el apoyo de la ciudad y de las poblaciones adyacentes. El duque de Mouchy y el baron de Corberon, diputado de Beauvais, aceptan la presidencia del comité. El señor prefecto del Oise se apresura á conceder á la obra la proteccion de la administracion departamental, y una vez decidido todo, la empresa marcha á paso de gigante.

El palacio está ya en pié. Las obras se ejecutan bajo la direccion de M. Delebarre, arquitecto de Paris. El edificio principal de la exposicion industrial, de una osadia de ejecucion extraordinaria, se debe al experimentado talento de M. Savy.

La construccion especial que se destina á la exposicion arqueológica de las artes retrospectivas, ha sido hecha sólidamente por M. Touvain, á fin de que los poseedores de objetos de arte puedan estar sin zozobra. Es una sala provisional; pero que se ha hecho como si debiera durar veinte años.

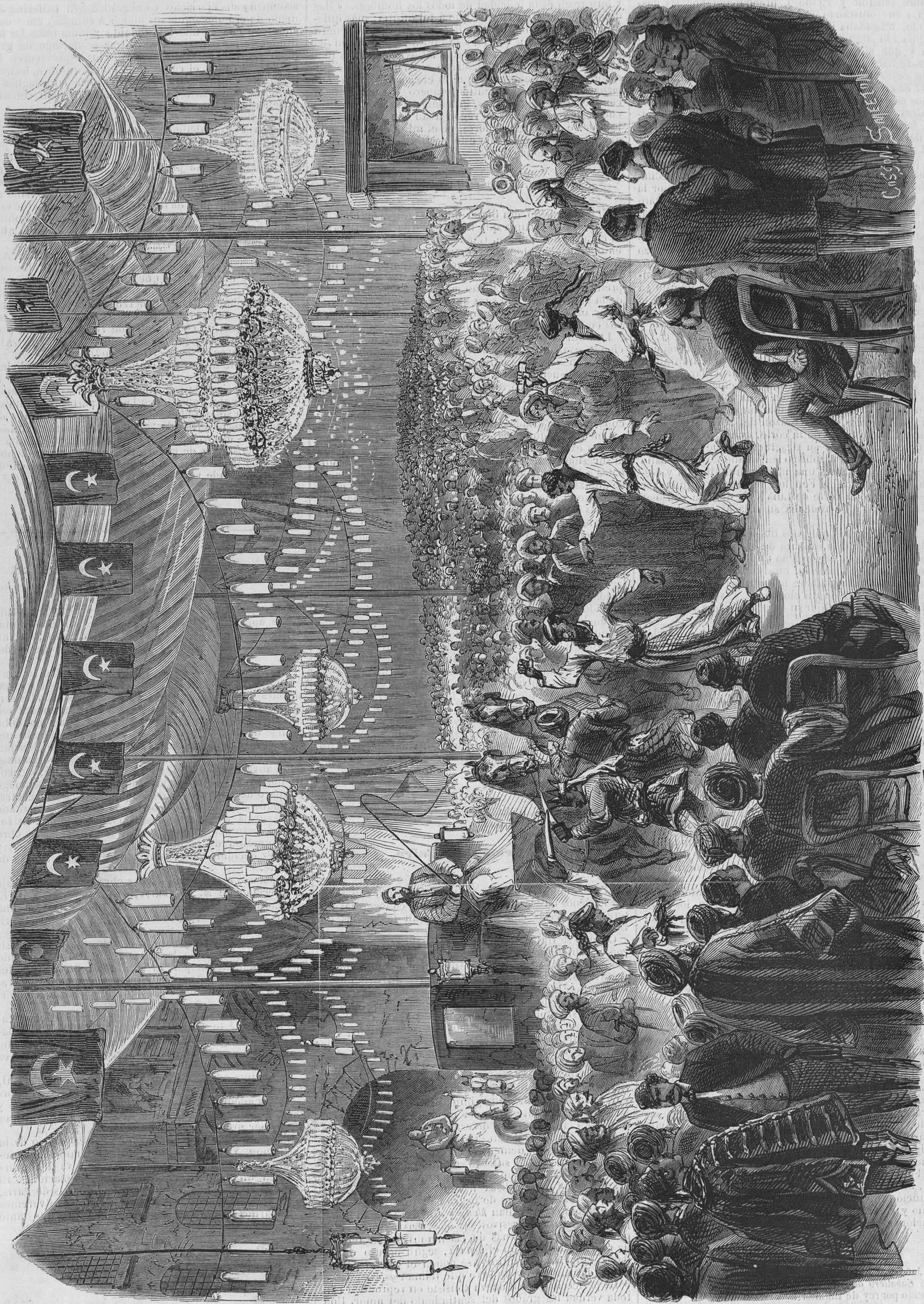
La exposicion se subdivide en seis grupos, clasificados segun las indicaciones de nuestro plano, y el llamamiento dirigido á los interesados, presenta ya como resultado una abundancia de productos y de objetos verdaderamente notables.

Dícese que además de un premio de honor general, que consistirá en un objeto de arte de grande importancia, y además de las numerosas medallas de oro y plata, el comité piensa otorgar á los diferentes grupos un primer premio.

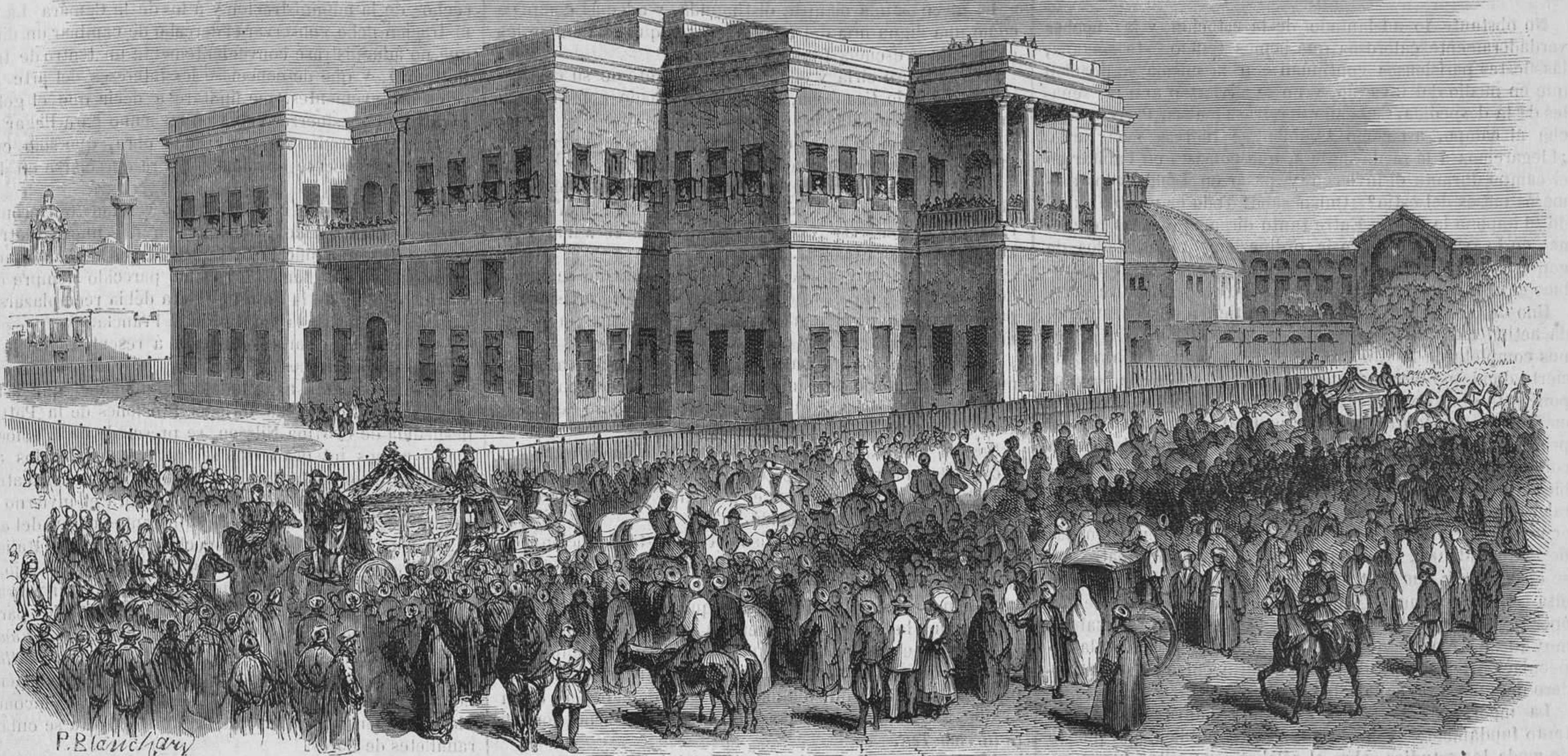
Dentro de breves dias se abrirá pues el palacio de la Exposicion. Ya se está dando la última mano á los preparativos, y la ciudad de Juana Hachette va á convertirse en un centro que atraerá á las poblaciones. El ferro-carril pone hoy á Beauvais á las puertas de Paris, ¡y Paris es tan curioso! A su debido tiempo volveremos á ocuparnos de esta exposicion de Beauvais que tanto promete ya en el dia.

L. C.

(1) Jacobo Estuardo, conocido en el ejército bajo el nombre de *Caballero de San Jorge*, y á quien Luis XIV habia reconocido por rey de Inglaterra.

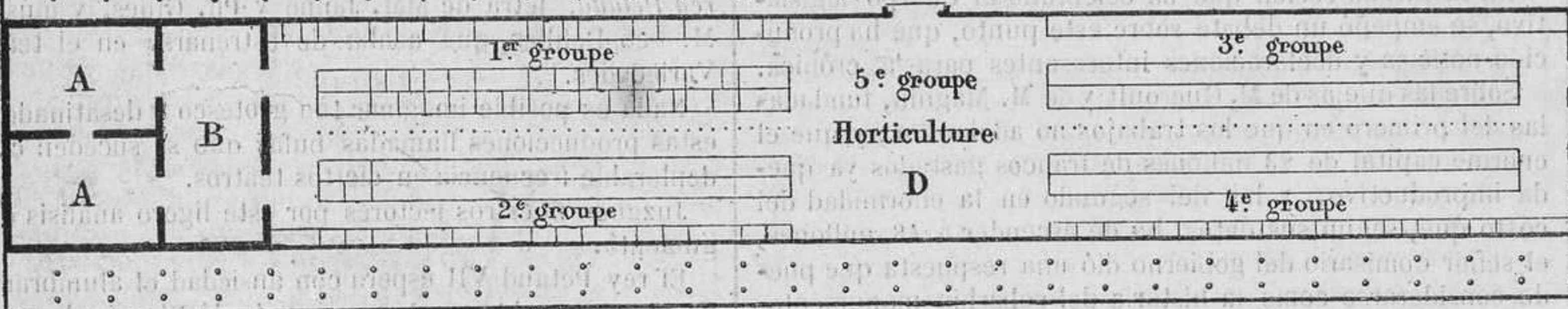


Fiestas del Cairo con motivo de las bodas de la hija del virey de Egipto. — La danza de los Kowals.



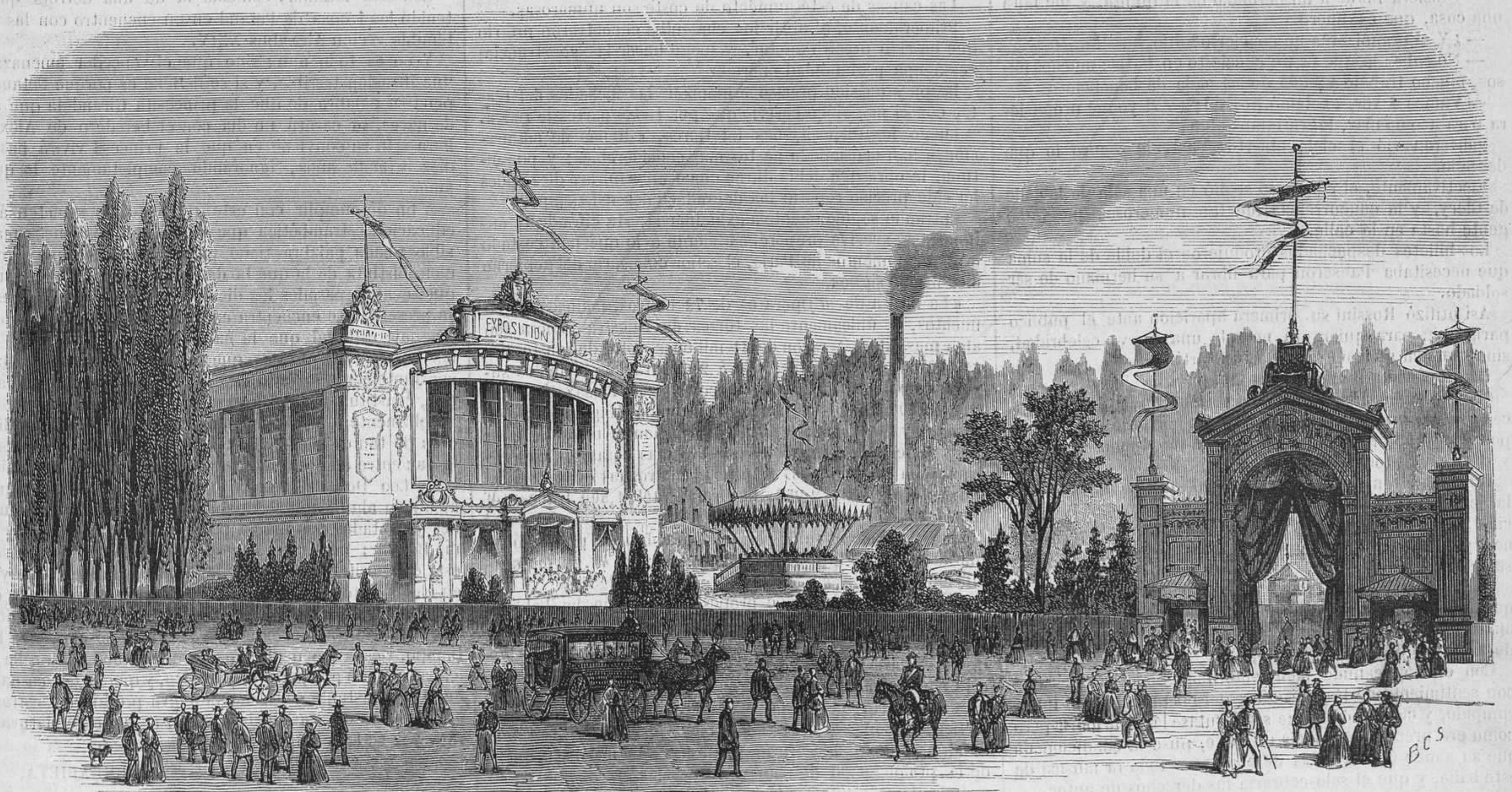
Fiestas del Cairo. — El acompañamiento de la novia pasando por delante del palacio del principe heredero, en la plaza del Esbekieh.

E Jardin pour l'industrie et l'agriculture.



Gravé par Kautz, r. Bonaparte 82. Paris

Plano de los edificios de la Exposición de Beauvais.



Vista general de la Exposición industrial y hortícola de Beauvais.

Revista de Paris.

No obstante lo adelantado de la estación y las noches verdaderamente calorosas que hemos tenido esta semana, las fiestas parisenses continúan con la misma animación que en medio del invierno, y no se advierten aun las señales de la despedida. Cada año se retrasa mas en Paris la marcha al campo, así como tambien se regresa mas tarde. ¿Llegaremos á la moda inglesa, que consiste en habitar en el campo durante el invierno y pasar en Londres los primeros meses del estío? ¿Quién sabe! Todo es posible cuando lo impone la moda. Entre tanto diremos que las reuniones en lo salones de Paris, ordinariamente atestados de gente, sean grandes ó pequeños, vienen á ser casi intolerables en estas noches en que apenas se respira al aire libre.

Uno de los grandes atractivos que tienen en la temporada actual estas últimas fiestas, es la ejecución mas ó menos completa de la Misa inédita de Rossini. No hay concierto donde no figure alguna de las piezas de que se compone esta obra imponderable que, con el mismo éxito que en Paris, se ejecuta en la actualidad en muchas de las principales ciudades de Europa. ¿Cosa singular! Si esta composición, de carácter eminentemente religioso, se hubiese dado á conocer en alguna iglesia, como era lo natural, es muy verosímil que los profanos jamás se habrían acordado de introducir ninguno de sus fragmentos en las fiestas mundanas; pero ha salido á luz en un teatro, no se ejecuta mas que en teatros, y hé aquí que la Misa inédita representa para el público en general las veces de una ópera. Confiamos en que esta tergiversación se acabará muy luego, sobre todo cuando habiéndose agotado ya la especulación teatral, se deje que la Misa entre en su verdadero dominio, que es la iglesia.

La muerte de Rossini y esta obra magistral, que con tanto fundamento excita la admiración pública, han puesto de moda los estudios sobre el célebre compositor que cuenta tantos apasionados en el mundo. Con este motivo se han hecho revelaciones de todo género, y algunas de ellas, son á la verdad, bastante curiosas.

Sabido es el empeño que han tenido algunos en hacer pasar al maestro por un hombre escéptico y egoísta. Ahora bien, numerosas anécdotas prueban lo contrario, y entre ellas vamos á citar varias que extractamos de los artículos de M. Amadeo Mereaux, publicados por el *Moniteur* recientemente.

Rossini llegó á Paris en 1823, donde no conocía á nadie, excepto M. Panzeron, con quien habia trabado amistad en Italia, cuando el joven músico francés, laureado del Instituto, asistía á la clase de contrapunto del P. Mattei en el Conservatorio de Bolonia.

Rossini encontró en Paris á este único amigo, y le encontró triste y preocupado, lo que le chocó tanto mas cuanto conocía su carácter vivo y alegre.

— ¿Qué tienes? le preguntó; no te veo tan animado como estabas en Italia.

— ¡Ay! amigo mio, contestó Panzeron; me encuentro en un apuro, en un grave apuro.

— Veamos, si yo puedo servirte...

— Quisiera librar á mi hermano de la quinta, y me falta una cosa, que es dinero.

— ¿Y si organizaras un concierto? dijo Rossini.

— No sabes lo que es un concierto en Paris: muchos pasos, mucho trabajo y nada ó casi nada de beneficio.

— Vamos á ver, exclamó Rossini; ¿y si yo me propusiera para acompañar, lograríamos algo?

Panzeron vió el cielo abierto. Ya tenia seguro lo que deseaba.

Efectivamente, el concierto se dió en una sala de la calle de Clery, y la concurrencia fué tan numerosa, que hubo gente hasta en la calle.

Los billetes despachados produjeron el doble de la suma que necesitaba Panzeron para librar á su hermano de ser soldado.

Así utilizó Rossini su primera aparición ante el público parisense, para quien era no solo una nueva celebridad, sino tambien una nueva curiosidad artística.

Otra anécdota de fecha mas moderna.

Hace algunos años quisieron ejecutar en la ópera francesa la *Semiramis*, con el libretto traducido especialmente por el poeta Mery, y exornada con un lujo digno de la obra y del compositor.

Rossini no tenia empeño alguno en que se llevara adelante semejante plan, antes bien, se propuso dar las gracias al empresario y al poeta por sus excelentes intenciones, y manifestarles que no estaba dispuesto á aprovecharse de ellas.

Ahora bien, Rossini cambió de resolución acordándose de que su amigo Carafa acababa de tener algunas pérdidas de dinero bastante importantes, pues vió que podia auxiliarse de un modo delicado.

Con efecto, reanudó fácilmente unas negociaciones que con sentimiento de la empresa y del poeta se habian interrumpido, y consintió en que se ejecutase la *Semiramis*; pero como era preciso introducir un baile, puso la condicion de que su amigo Carafa habia de componer toda la música de este baile, y que él solo cobraría los derechos de autor.

Por último, se cita tambien otro caso que demuestra la

exquisita delicadeza de Rossini cuando se trataba de hacer obras caritativas.

Hace cosa de un año la señorita Nicolo, hija del célebre compositor del mismo nombre, fué presentada á Rossini en una de sus reuniones, á las que acudia lo mas escogido de los artistas y aficionados que hay en Paris.

La joven es una pianista distinguida, y además compone como una digna hija del fecundo autor que es una de las glorias de la escuela francesa.

Rossini quiso oirla y ella tocó un andante de su composición, titulado *Una queja*, que fué escuchado con vivísimo interés y muy aplaudido.

El maestro pidió el manuscrito, diciendo que queria leer lo que habia escuchado con tanto gusto.

En la mañana siguiente Rossini dió á grabar la pieza, y pocos dias después salia á luz con este título: *UNA QUEJA, PARA PIANO, POR MLE NICOLO, PUBLICADA POR SU AMIGO Y EL ADMIRADOR DE SU PADRE, G. ROSSINI.*

Por la primera y única vez en su vida, Rossini se habia hecho editor, á fin de asegurar á una modesta artista una publicidad que es siempre tan difícil de obtener, aun con un nombre ilustre.

Pere ¿qué mejor prueba se puede presentar contra el supuesto egoísmo de Rossini, que lo que sucedió en 1827, cuando el rey Carlos X quiso nombrarle caballero de la Legión de Honor?

Rossini habia arreglado el *Moisés* para la ópera francesa, y con este motivo el rey le concedió la susodicha condecoración, y el decreto salió en el periódico oficial, por cuyo conducto lo supo el favorecido.

Ahora bien, Rossini no quiso aceptar esta distinción, por dos razones, la primera porque Herold no estaba condecorado aun, cuando á juicio de Rossini, hacia tanto tiempo que lo merecía; y la segunda porque consideraba que el arrego que habia hecho no merecía semejante recompensa.

Así lo expuso al ministro, suplicándole que inclinara el ánimo del rey á deshacer lo hecho, y efectivamente lo deshizo, y Rossini no quiso admitir la cruz de caballero de la Legión de Honor hasta después de la representación de *Guillermo Tell*.

Añadiremos que su renuncia le valió á Herold el mismo nombramiento.

Pongamos punto aquí á esta colección de anécdotas retrospectivas que, por interesantes que sean, no deben hacernos olvidar la semana corriente.

Nuestros lectores saben que se está construyendo en Paris un magnífico teatro de ópera empezado hace ya seis años, en el que se trabaja siempre, y que por lo visto, no lleva trazas de concluirse.

En la última sesión que ha celebrado el Cuerpo legislativo, se empeñó un debate sobre este punto, que ha producido noticias y declaraciones interesantes para la crónica.

Sobre las quejas de M. Gueroult y de M. Magnin, fundadas las del primero en que los trabajos no adelantan, y que el enorme capital de 23 millones de francos gastados ya queda improductivo; y las del segundo en la enormidad del costo que, segun sus datos, ha de ascender á 48 millones, el señor comisario del gobierno dió una respuesta que puede considerarse como la historia del soberbio monumento, que será un objeto de admiración para propios y extraños.

Dijo pues que, efectivamente, los primeros cálculos habian salido mal, y que la obra vendrá á costar 31 millones, no 48.

Las causas de este aumento de coste son numerosas.

Primeramente, al abrir los cimientos encontraron un río que ha sido preciso agotar, y luego hacer las construcciones á una profundidad enorme.

Después ha sido preciso armonizar las fachadas del teatro con el magnífico caserío que por todas partes le rodea.

Luego las disposiciones interiores, «dignas de admiración», han ocasionado gastos mas considerables; y por último, la obra que debia durar cinco años durará diez, pues ha sido preciso reparar las degradaciones del tiempo.

Entrando seguidamente á examinar si esta cifra de 31 millones es excesiva proporcionalmente á lo que han costado otros monumentos de Paris, el señor comisario del gobierno dice lo que sigue:

«La altura de la Ópera es de 72 metros, incluso los cimientos, y únicamente las torres de Nuestra Señora son algo mas altas. A razon de 31 millones, total del gasto, por 11,500 metros cubiertos, sale á 2,695 francos el metro superficial cubierto. ¿Cuánto ha costado la Bolsa? La Bolsa costó 2,500 francos el metro cubierto, la Magdalena 2,000 francos, y en la época de su construcción la mano de obra y los materiales estaban 30 por 100 mas baratos. El nuevo Louvre ha costado 2,937 francos el metro, las dependencias del Hotel de Villa 2,956, el Gran Hotel 1,500 francos el metro.»

Luego deduce el valor del terreno sobrante para probar que la Ópera costará 31 millones en vez de 48, y en conclusión añade:

«En cuanto á la doble proposición de que ha hablado M. Gueroult (hacer acabar la obra por un empresario á quien se concederian los terrenos de la antigua Ópera, ó á quien se daría la explotación temporal del nuevo teatro), esta combinación podria examinarse si la presentara un empresario, formal, bajo una condicion, y es que se comprometiera á abonar al Estado el mayor valor que los terrenos de que se trata adquirirán infaliblemente á consecuencia de la prolongación del bulevar Haussmann. Además, ¿se querria dejar á un empresario el cuidado de concluir la Ópera, de hacer economías en los cálculos á fin de aumen-

tar sus beneficios? Esto me parece imposible. Es preciso que el arquitecto continúe solo su obra, y en libertad, con intervencion del gobierno.

» La segunda combinación me parece igualmente inadmisibles: entregar la explotación del teatro al empresario que le hubiese concluido, seria contrario á la vez á los derechos de la administración y á los de la Cámara. La administración debe conservar el derecho de cambiar un director que no administrase convenientemente un teatro de tal importancia, y que desconociese los intereses del arte. Dados estos inconvenientes, me limitaré á decir que el gobierno hará cuantos esfuerzos estén en su mano para llegar cuanto antes al término de esa grande obra, que solo cuando esté completamente terminada podrá apreciarse en lo que vale.»

De esta discusión resulta que no veremos tan pronto como se habia creído la conclusión del nuevo teatro. En cuanto á su magnificencia, nunca hemos dudado que será grande; así como tambien nos ha parecido siempre que el vetusto edificio de la antigua Ópera debia reemplazarse con otro mas digno de la capital de la Francia.

Los teatros de Paris comienzan á resentirse de la estación en que entramos.

Únicamente en esas grandes solemnidades, que así pueden llamarse, como las últimas funciones de la Patti ó la despedida de Cristina Nilsson, se prescinde de la sofocación mas ó menos intensa á que se hallan sometidos los aficionados á funciones teatrales durante el estío. Los teatros de Paris están hechos para el invierno, para el invierno frio y siempre desapacible que dura aquí tantos meses del año.

Sea como quiera, en esas noches los teatros Italiano y de la Grande Ópera estaban resplandecientes de lujo, y la concurrencia animada cual nunca para aplaudir á esas dos celebridades. La Nilsson no ha querido dejar á los parisenses bajo la triste impresión que les ha causado en *Fausto*, y ha dicho adios á sus admiradores con la Otelia de *Hamlet*, que es la mas perfecta de sus creaciones, aquella en que no tiene rival, pues se muestra verdaderamente incomparable. El inmenso escenario de la Grande Ópera se cubrió de ramilletes de flores.

No la han faltado tampoco á la Adelina Patti, en la *Traviata*, en *Rigoletto*, en *Lucia*, y por último en el acto de *Semiramis*, que por única vez cantó en la noche de su beneficio, obteniendo el mismo aplauso que en todas sus demás creaciones. Tanto la Patti como la Nilsson forman parte de la gran compañía de ópera italiana que trabaja en Londres.

En cuanto á los demás teatros, la gran novedad de la semana es una ópera bufa en tres actos, titulada la *Corte del rey Petaud*, letra de MM. Jaime y Ph. Gilles, y música de M. Leo Delilles, que acaba de estrenarse en el teatro de Variedades.

Nada es posible imaginar tan grotesco y desatinado como estas producciones llamadas bufas que se suceden con tan deplorable frecuencia en ciertos teatros.

Juzguen nuestros lectores por este ligero análisis del argumento.

El rey Petaud VII espera con ansiedad el alumbramiento de la reina, y hace votos porque le dé Dios un heredero, á fin de que no se acabe su gloriosa dinastía.

Pero ¡ay! el cielo se muestra sordo á sus súplicas y nace una princesa.

Con esta fatalidad coincide la de una derrota que han tenido las tropas de Petaud en un encuentro con las de su temible vecino Alexybus XXIV.

Y no es todo aun: sino que el vencedor amenaza con una invasión terrible, y si se detiene es porque Petaud empeña su palabra de que la princesita Girandola que acaba de nacer, se casará un dia con el heredero de Alexybus. Para esto se conviene en que la princesa vivirá hasta los diez y siete años, ignorando completamente lo que es amor.

A fin de cumplir con este requisito, la someten á una educación estrambótica que da lugar á los lances mas risibles; cada palabra tiene para la princesa una significación distinta de la que la da el diccionario; y así sucede que, cuando pasados los diez y siete años el futuro esposo se presenta, se encuentra con que su prometida habla un lenguaje especial que la hace comprender al revés todas las cosas. Los chascos que produce esta interpretación constantemente errónea de cuantas palabras hay en la lengua, constituyen toda la gracia del argumento.

Felizmente el príncipe enamorado deshace en tres dias la obra de tantos años, y su enlace con la princesa consolida la paz entre ambos reinos y da fin al caricaturesco sainete.

M. Leo Delibes ha escrito una partitura en la que se aplauden algunas melodías bien acomodadas á las situaciones y cantadas con gracia por las actrices Aimée y Zulma Bouffar; pero si nos fuera permitido dar un consejo á este compositor de talento, le diríamos que haria muy bien en elegir libretos de distinto género que el de esa *Corte del rey Petaud*, donde la farsa tiene obscenidades y ridículas que rayan á mucha altura para que su obra viva largo tiempo. Desde luego diremos ya que la acogida no ha sido extraordinaria por parte del público, y que la crítica ha juzgado con bastante severidad la nueva producción estrenada en el teatro de Variedades, y piezas de esta naturaleza, rara vez se levantan de un golpe semejante.

MARIANO URRABIETA,

Usos y costumbres orientales.

(Conclusion.)

III.

LOS AMULETOS Y MÉDICOS TURCOS.

Llamáronme un día á casa de un hombre que tenía una fuerte acesion de calentura. Despues de haberle examinado, le pregunté qué tenía y dónde sentía dolor: pero sus amigos me respondieron como de costumbre: «Eso es lo que queremos saber de vos; tomadle el pulso, y nos lo direis.» Le pulsé en el brazo derecho; sus arterias latían fuertemente, respiraba con dificultad, y su cutis estaba ardiente: pero no pude conseguir ninguna indicacion del enfermo ni de las personas que le rodeaban, porque los turcos tienen la ridícula idea de que un médico no necesita mas que aplicar la mano á la muñeca de un enfermo para conocer su enfermedad. En medio de mi incertidumbre, juzgué oportuno sangrarle, lo que ejecuté en efecto, y apenas había terminado la sangría, cuando me pidieron que examinase el brazo izquierdo del enfermo, y ¡cuál fué mi sorpresa, al levantarle el brazo, y ver que aquel hombre había perdido dos dedos de la mano! Lo único que supe entonces fué que era artillero, y que una semana antes la explosión de un cañon había causado este accidente.

Ocurrióme, segun esto, que podía tener el tétanos; examiné el pescuezo y estaba tieso como una barra de hierro. Aquel desgraciado tenía el tétanos hacia tres días, y júzuese de mi cólera al ver la estupidez de toda aquella familia. Manifesté mi indignacion cuando supe al día siguiente que el enfermo había muerto; pero procuraron sosegarme diciendo tranquilamente que estaba escrito en el cielo y que era fuerza resignarse á la voluntad de Dios. A haber yo sospechado que aquel hombre tenía el tétanos, me hubiera guardado muy bien de sangrarle.

Por este hecho puede juzgarse cuán difícil es practicar la medicina en Constantinopla; así raras veces es provechosa. Pocos son los musulmanes que no den crédito á los amuletos; yo los he hallado sobre miembros rotos, cabezas incomodadas con la jaqueca, y aun sobre corazones dolientes de amor. Estos últimos los llevan por lo regular las jóvenes, y consisten en una ó dos hojas de jacinto que los turcos llaman *muscharumi*. Estas hojas les han sido enviadas comunmente por sus amantes para sugerirles el *asonante* ó *ydskerumi*, que se ofrece naturalmente, y que indica que sus obsequios han merecido aceptación.

Por lo comun los amuletos turcos se componen de palabras que no tienen sentido, como el *abracadabra* de los griegos para curar la calentura, y la *abracala* de los judíos. Consisten tambien las mas veces en rollos de pergamino con estas palabras: *bismallah*, «en nombre del Dios clemente,» con algunos signos cabalísticos del astrólogo Geffer; pero por lo regular contienen versículos del Alcoran.

En las enfermedades de peligro se prefieren generalmente los pedazos de la mantilla con que ha ido cubierto el camello encargado de llevar á la Meca los presentes anuales del gran Señor. Cuando el arte del médico no ha conseguido ningun resultado, se valen á veces de este expediente, y la creencia del enfermo en la eficacia de este amuleto, restableciendo la tranquilidad en su ánimo, contribuye con frecuencia á su curacion. Ocioso es decir que en Asia se hacen fraudes con los amuletos como en los países católicos con las reliquias. Algunos son repugnantes; un día mandé sacar un raton asado colocado sobre una herida causada por un balazo. El enfermo me aseguraba gravemente que era un medio infalible para extraer la bala.

IV.

LOS TURCOS ELEGANTES.

Un hombre de distincion ó efendi en Constantinopla es un bípedo de paso lento y exterior imponente y grave. Lleva el turbante ladeado sobre el ojo derecho, un ramillete de rosas en el pecho, y se distingue de la muchedumbre por lo ancho de sus pantalones. Permanece sentado horas enteras fumando la pipa, entregado á una meditacion cuyo embeleso consiste en no pensar nada. Se ha criado en el serrallo y ha llegado á los honores por la senda de la infamia, transformado de esclavo en ministro ó gobernador de una provincia. Lee y escribe correctamente y puede repetir de memoria algunos de los principales capítulos del Alcoran; pero en esto consiste todo su saber, y casi siempre lo hace servir á sus miras codiciosas.

Aborrece á los cristianos por sentimiento y por hábito, como el cristiano aborrece al judío, el judío al griego, y el griego al armenio. Por su parte el misionero llegado de Europa los anatematiza á todos, mientras que el cielo, mas indulgente, los tolera. Tal es en resumen el estado religioso de Turquía.

El turco difiere muy poco del cristiano en sus relaciones domésticas: las mismas pasiones agitan su corazón y los idénticos motivos determinan sus actos. Su

cariño es el mismo en sus relaciones de familia; ama á sus hijos con igual ternura, considera á su mujer con no menos deferencia, y trata á sus criados con mas humanidad; muestra el mismo respeto á sus ancianos padres; y sigue su ataúd al campo del reposo con un dolor no menos vivo. Su turbante difiere de nuestro sombrero, y su caftan de nuestro vestido; pero si se distingue fácilmente de nosotros por su aspecto exterior, no así en sus sentimientos íntimos.

Una hostilidad permanente contra los cristianos es el dogma principal de su ley, y la alevosía, que se cree recomendada por la ley como un deber, es el rasgo predominante de su carácter: digo que se cree, porque á pesar de que el Alcoran recomienda de paso el exterminio de los cristianos en guerra abierta, está muy lejos de excitar aquel espíritu fementido y traidor que los ulemas miran como un mérito en un musulman. Pero el espíritu de persecucion es el pecado favorito de los teólogos de todas las sectas y de todos los países. Las prendas distintivas del musulman son una profunda ignorancia, un orgullo intolerable, una indolencia habitual y aquella perfidia que dirige su política en el divan y gobierna su valor en el campo de batalla.

Los defectos de su carácter son el resultado de una elevacion repentina, de la embriaguez de una prosperidad que disfruta sin moderacion, sin prudencia. Antes que la conquista y el robo hubiesen elevado á los turcos sobre las ruinas de las demás naciones, eran fieles con sus amigos y generosos con sus enemigos. Entonces no presentaban la copa envenenada con la sonrisa en los labios y no hacían seña al asesino en medio de protestas afectuosas; pero la traicion ha llegado á ser hoy día un acto diario de los turcos.

Pero volvamos á los hábitos especiales del efendi. Paséase por la ciudad con un rosario de ámbar en la mano, no mira ni á derecha ni á izquierda: el cadáver de un griego asesinado no llama su atencion; el judío trémulo se retira al verle, y él mismo se desvia de su camino para evitar el contacto de un franco que se acerca á él. Llega al café á las doce del día, y es recibido por el dueño con una profusion de *salems* cristianos, le pone debajo de los piés la mejor alfombra, le presenta la taza mas hermosa, le besa el faldon de su vestido.

Pero el café es ruin, el efendi se enfurece, el cafetero tiembla, jura por la barba de su padre que lo ha hecho con toda perfeccion, y el efendi le tira la taza á la cara vomitando mil imprecaciones contra él y la que le dió el ser. Entre tanto llega un amigo del efendi, y despues de recíprocos saludos y *salems*, se entabla entre ellos un coloquio muy interesante que se sostiene con monosílabos pronunciados cada cuarto de hora. El efendi enseña á su amigo un cortaplumas inglés, examina el mango y la hoja, fuma otra pipa y exclama: «¡Dios es grande!»

Despues un docto ulema, letrado y teólogo á un tiempo, porque en Turquía la embrolla y la teología son una misma cosa, habla de astronomía y de política, dice cómo el sol luce igualmente en el Oriente y en el Occidente, y cómo alumbra en todas partes á musulmanes; cómo todos los padischas de Europa pagan tributo al sultan, cómo los *giaoures* (infieles) de Inglaterra son una nacion mas grande que los *giaoures* de Francia, supuesto que los cortaplumas que fabrican son mas hermosos; cómo el bey de Argel ha hecho prisionero al almirante inglés, y cómo los embajadores cristianos se acercan como perros á la tarimilla del sultan para ser mantenidos por su bondad.

Despues de haber escuchado este pedazo edificante de historia, el efendi se levanta y se despide con esta pia exclamacion: ¡Mas challa! «¡Dios es admirable!» El mozo del café se inclina hasta el suelo como abrumado de reconocimiento por un maravedí que acaba de recibir. Adelántase entonces el efendi por las calles con su majestad acostumbrada. Si se detiene delante de unos títeres colocados al paso, los mira sin sonreirse porque su gravedad es imperturbable. Anda como una marsopla arrojada en la playa; es evidente que la naturaleza no le ha hecho animal pedestre, y que mira con desprecio sus órganos locomotores. No crea el lector que este retrato sea una caricatura: es una copia exacta cuyos tipos podrá encontrar cualquiera que vaya á Constantinopla.

M. DE F.

La Conserjería

Y EL DEPÓSITO DE LA PREFECTURA DE POLICÍA EN PARÍS.

I.

Dentro de poco tiempo el curioso y sombrío barrio de la prefectura habrá perdido su aspecto característico, pues allí como en todas partes, derriban y reconstruyen. La calle de Jerusalen se engalana: las escaleras de madera que conducian á las oficinas de la policia municipal serán muy luego de piedra, y pronto desaparecerá, ó mejor dicho, se modificará esa ciudad pequeña dentro de la grande, verdadera ciudad negra, triste, húmeda, espantosa, con casas llenas de grietas, con pasillos negros y siniestros, con rejas por todas partes y salas misteriosas donde trabajan una porcion de hombres entre montañas de papeles y á la luz de lám-

paras de aceite, inclinándose sobre mesas gastadas por el roce de los codos. Ese microcosmo inquietante y que, sin embargo, hace el órden con el desórden, va á cambiar de aspecto. Ese rincon de París está de mudanza y se renueva: trasladan al museo Carnavalet el arco de la calle de Nazareth, donde se reconoce la mano de Juan Goujon; todo se acaba y Balzac y Vidocq no reconocieran ya aquellas sucias callejuelas donde cada uno de ellos proseguía un objeto y buscaba un ideal: el hombre de la policia su presa, el poeta su sueño.

Días pasados llamábamos al Depósito de la prefectura de policia, al Depósito nuevo, cuyas blancas paredes dan frente á las antiguas. Delante de la pesada puerta de hierro se pasea silencioso el centinela. Ahí es adonde llevan entre dos guardias de París, ó en esos carruajes celulares, cerrados como una cárcel ambulante, con una orla negra como una esquila de misa de difuntos, á las gentes que ponen presas. Muchos he visto pasar á pié, por el puente ó por los muelles, con el aire imprudente, con una sonrisa de desafío en la mirada, un destello de insolencia que será mañana una venganza, en tanto que otros iban con la frente baja, encarnados ó pálidos, ante la curiosidad ó la ironía de la muchedumbre. Para un inocente el carruaje celular es un gran beneficio, pues le impide ser visto, le libra del suplicio impuesto á todos: la mirada del transeunte.

La puerta se abre. Las familias ó los amigos esperan en esa especie de antesala de las cárceles que forma la parte comprendida entre la puerta que atraviesa el público y la reja que atraviesan los detenidos. Aquí se está todavía entre *los dos postigos*. Un paso mas, se cierra una puerta y ya se está en la cárcel.

El nuevo Depósito es muy espacioso y está bien ventilado: es un monumento. Sin embargo, desde luego se nota ese colorido especial de las cárceles, el olor de las casas cerradas, como se dice vulgarmente. La luz es amarillenta, opaca. A la izquierda está la escribanía por donde han de pasar los presos, y donde los miden, como á los quintos. A la derecha se abren las puertas que dan á los cuartos, si merecen tal nombre esas celdillas en forma de confesonario, que reciben á los presos á su llegada. Estrechadas y abiertas por todas partes, tienen esas celdillas un camino en medio, por el cual circula y observa el vigilante.

La sala de visita, bastante angosta, se parece tambien á una celdilla. Los detenidos provisionalmente esperan á la puerta en un banco de madera, mientras registran á sus compañeros uno por uno. Lo que se encuentra en sus bolsillos es prodigioso: Un día un carcelero sacó un lagarto. Una vez terminada la visita, entregan al detenido un pan de municion si llega por la tarde. Con un poco de agua, ese es su alimento para el día, á menos que no reclame un cuarto especial, llamado *de pistole*.

Mas vale seguramente estar solo en una celda que confundido en el depósito entre tanta gente. La celdilla *de pistole* es estrecha y se respira en ella un aire denso. Apenas tiene tres pasos de larga. Preciso es acomodarse, sin embargo, y vivir en esa atmósfera de niebla, con una cama, en la que hay un colchoncillo gris, una mesa, un vaso de metal, un ventanillo infecto, un asiento de madera sujeto á la pared con una cadena para impedir que el preso suba á la ventana que cae al patio. Por cuatro sueldos el preso puede tener en su cama un par de sábanas.

Hay algo del convento en la cárcel, desde que se ha puesto en práctica el sistema celular. La celdilla se dulcifica al fin, dice el hombre de iglesia, *Cellula contumata dulcescit*. El médico replica y nos muestra al hombre abatido, enervado con semejante régimen. Hay casos de presos que se volvieron asesinos, que se arrojaron como locos sobre los carceleros para que les juzgaran nuevamente, pues querian concluir de cualquier modo con aquella soledad cruel, continua, atroz. Ordinariamente no se está en esas celdillas del Depósito mas de veinte y cuatro horas. Todas ellas están construidas en una vasta sala y ocupan el piso bajo y un primer piso. A lo largo de las celdillas superiores hay galerías bastante elegantes, con balastradas de hierro que terminan en escalera. Recuerda uno alguna cosa como la biblioteca Ambrosina de Milan, con la diferencia de que esta biblioteca y sus obras catalogadas no hacen mucho honor al entendimiento humano.

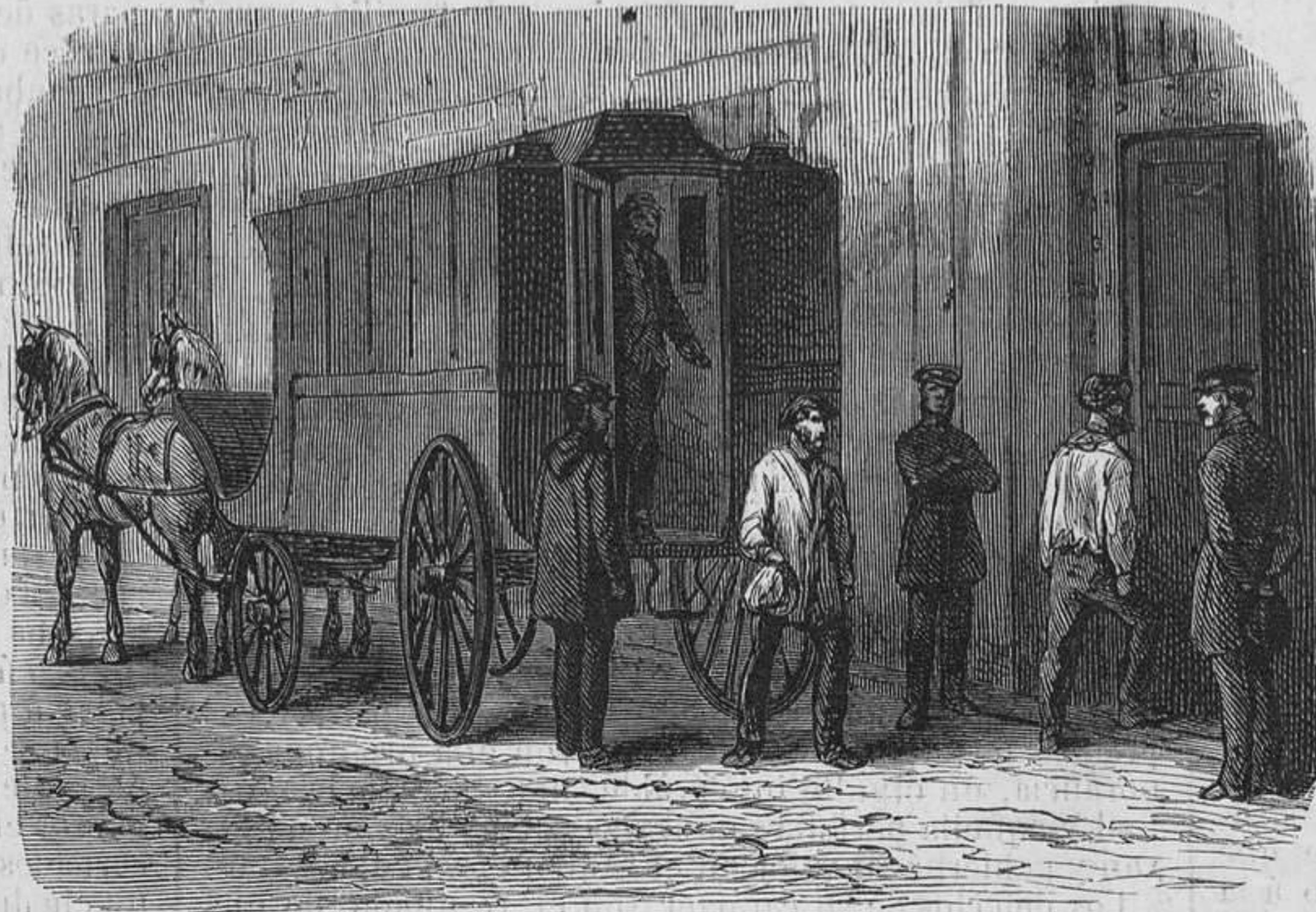
Otras celdillas se abren enfrente de las *de pistole*, y son las reservadas á los locos, que por de pronto llevan al Depósito para trasladarlos luego á una casa de sanidad. Estos desdichados aplican el ojo al agujero de la puerta para observar lo que pasa, y fruncen el ceño ó se rien con esas singulares crispaciones de los locos de la prision del Taso en el cuadro de Delacroix. Esas miradas extraviadas pegadas al agujero, aterrorizan. Miran en silencio y con curiosidad suma. ¡Y qué modo tan extraño de combatir su locura es el de arrojarlos en esa sombra, en ese ruido que viene de la sala comun del Depósito, cada vez que se abre la puerta!

En el Depósito de la Prefectura de policia entran diariamente por término medio, unas 150 personas. Todo va á parar ahí; el hombre preso va al cuerpo de guardia, del cuerpo de guarda á la comisaria, de la comisaria al Depósito. Los carceleros marcan en una pizarra el número de los presos encerrados en la sala comun. Cuando entra una nueva oleada añaden la cifra y suman. Siempre están corrientes sus cuentas.

En el fondo de esa galería de entrada se abre el Depósito, una especie de cueva inmensa, donde se mueven en la sombra centenares de individuos confundidos todos, como los residuos de la calle llevados allí por una tempestad. De todo hay en esa multitud; an-

cianos y jóvenes, y todos los trajes, la blusa y el gaban, la gorra y el sombrero. Esas gentes se apoyan en las columnas ó andan, van y vienen. Parece aquello un work-house de Lóndres; no sé qué fetidez se desprende de esa muchedumbre. Harapos de Goya se agitan en la sombra de Rembrandt. A la verdad, todo ello tiene algo de siniestro. Vista desde arriba, desde la ventana en donde están los carceleros, la sala tiene un aspecto repulsivo. La lumbre de los cigarrillos ó las pipas se destacan en esas tinieblas. Sobre una especie de estufa enorme hay hombres que escriben á sus familias, en tanto que otros, apoyados de codos y con la vista fija, piensan y miran sin ver.

Cuando entramos nosotros ya habían levantado en las paredes las tablas que sirven de camastros. Algunos enfermos envueltos en mantas y tendidos en el suelo, dormían ó descansaban. ¿De qué elementos se compone ese fango humano? Beodos, mendigos, vagabundos, ban-



Llegada de un detenido.

didos, todos los vicios, quizá todos los crímenes. ¡Y un hombre honrado, un inocente, puede ser arrojado en ese lodazal por el capricho de un agente de policía, y puede permanecer ahí uno, dos y tres días!

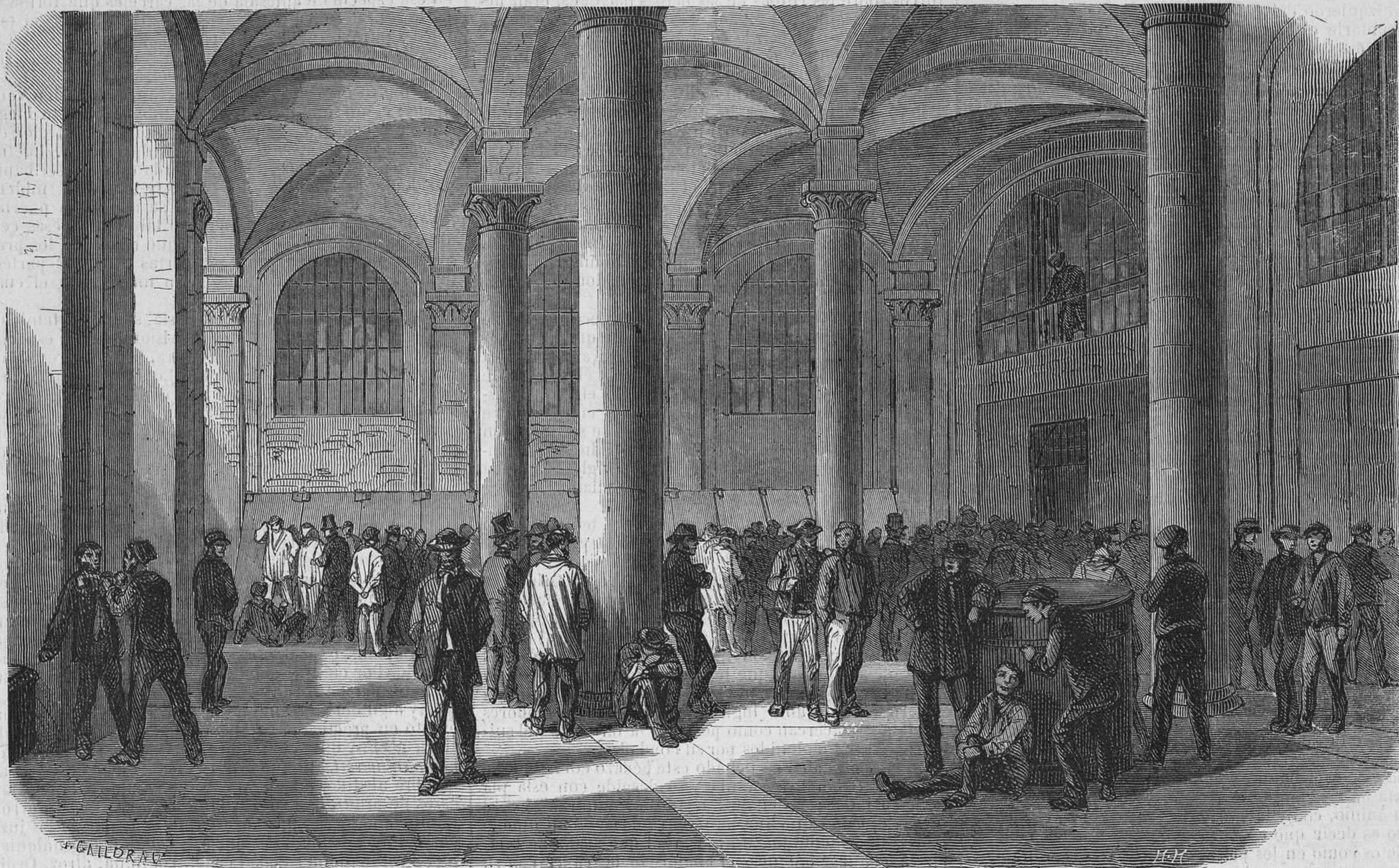
Regularmente la detención en el Depósito no debe pasar de veinte y cuatro horas; pero á veces hay muchos presos, y los interrogatorios son mas largos de lo que se querría. Los detenidos han de tener paciencia. Por fin les devuelven la libertad, respiran ese aire de fuera, que al salir de la cárcel es una delicia, ó los trasladan á Mazas.

Cuando se entra en esa sala del Depósito, por un movimiento instintivo todos los presos se acercan á examinar al recién llegado.

Muchos se sonríen y se burlan del curioso.

— Descubríos, dice el carcelero.

Todos obedecen. La orden de un hombre hace que se inclinen todas aquellas voluntades. Ya saben que están presos.



Sala comun del Depósito.

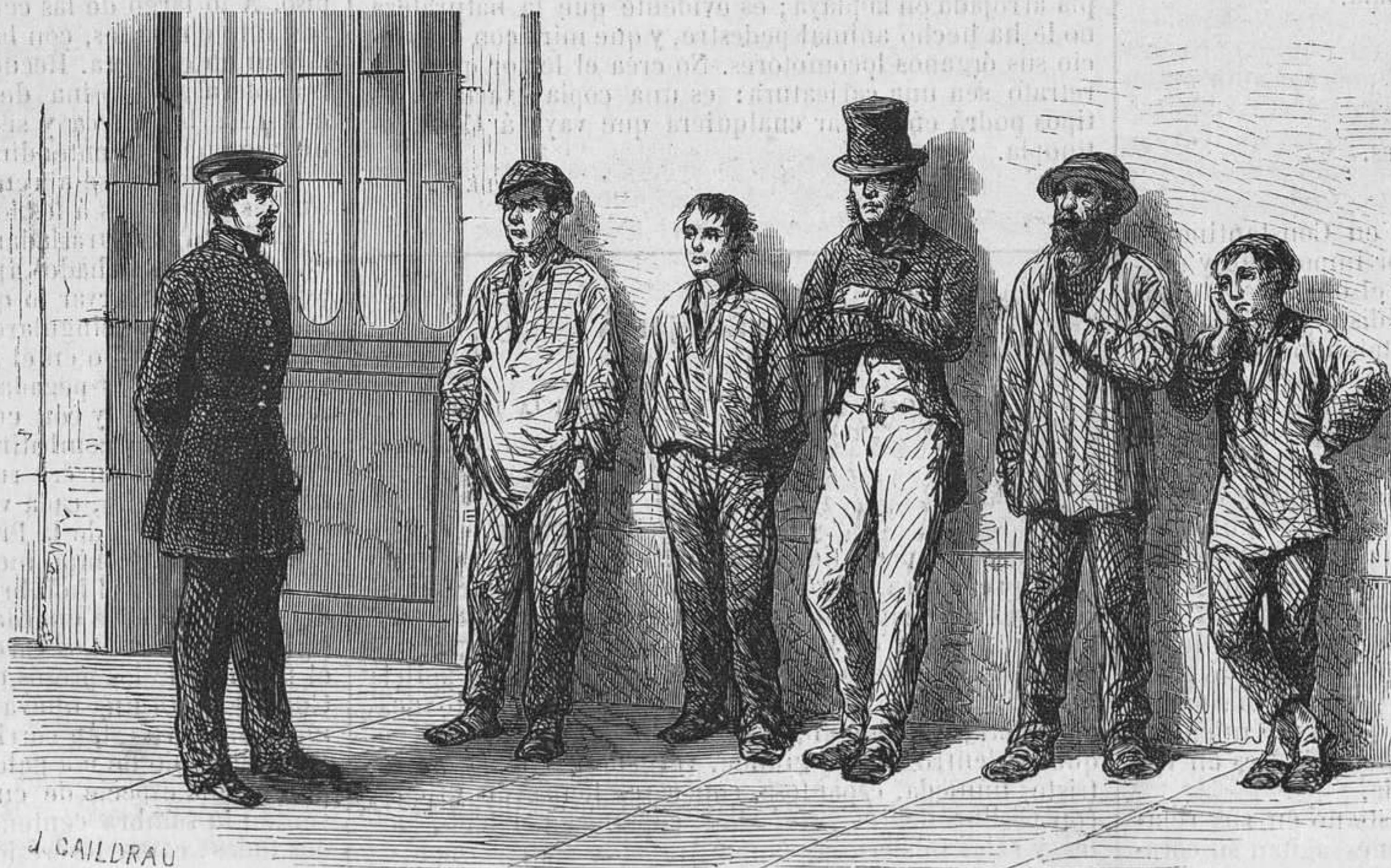
A la salida oigo las burlas que estallan como chispas fulminantes.

— ¿Verdad que esto es muy bonito?

— ¡Eh! caballero, quedaos un poco con nosotros para hacernos compañía.

Antes de pasar al patio echamos una mirada á los chicos que están aparte en una especie de corredor, y todos ellos bien tristes. Entre esos semblantes ajados, hay dos rostros rosados, rubios, dos pilluelos de Murillo entre caras de Zurbaran. Parecen dos hermanos, entramos bien vestidos y que están comiendo con ganas de llorar. Sobre su blusa, y encima del hombro, llevan prendidos con un alfiler dos trapos amarillos con dos números, 80 y 81.

— ¿Quién son esos chicos?



La Conserjería y el Depósito de la Prefectura de policía. — Los presos pasando lista.

— Vagabundos, responde el carcelero, ó muchachos abandonados.

Y volviéndose al que parecía mayor (tendría seis años y el otro cinco), le preguntó:

— ¿Por qué estás aquí?

El chico de ojos azules le echó una mirada.

— ¿No te reclama tu padre?

— Papá se ha marchado.

— ¿Y tu madre?

— Mamá ha muerto.

Y baja la cabeza y mira á su hermano.

— ¿Qué harán con estos muchachos?

— Enviarlos al hospicio.

¡Pobres criaturas! Con su aire cándido, con sus rosadas megillas de querubines, y solos, solos en el mundo: su padre había desaparecido, su madre estaba en el sepulcro. Drama vulgar,

pero bien terrible. ¡La madre muerta, alguna mujer de mala vida quizás, deja dos huérfanos para el hospicio!

También han aplicado el sistema celular á la construcción de los *préaux*, lugar descubierto que sirve de paseo. Los del Depósito son comunes á las mujeres y á los hombres si no me engaño, pues todo el edificio de la izquierda se halla destinado á las mujeres.

Esta segunda parte del Depósito tiene mejor aspecto que la de los hombres. Las hermanas de la Caridad mantienen allí un aseó holandés. Aun en la cárcel, la mujer es mujer y conserva siempre su influjo. Pero no es esto decir que á veces no se distinguen. Nada más curioso que las inscripciones trazadas por los presos en las puertas pintadas de amarillo del *préau*. Algunas son terribles. Manifiestan odios implacables.

« ¡Mataré á X... si salgo de aquí! — ¡Mueran los carceleros! — ¡A Estelle hasta la guillotina! Y se ven corazones inflamados al lado de letreros innobles. Ahora bien, muchas de estas inscripciones han sido trazadas por manos femeninas.

J. CLARETIE.

Cercanías de Paris.

La ermita de Villebon. — La isla Saint-Ouen. — Bougival.

Para todo habitante de Paris es una delicia el salir á paseo al campo; y ciertamente hay que convenir en que las colinas, los bosques y los valles que rodean á la gran ciudad ofrecen por todas partes sitios encantadores. Es imposible que en ninguna otra parte del mundo se encuentre una variedad tan grande.

Sin embargo, las cercanías de Paris, como el mismo Paris, cambian y se trasforman; por do quiera la mano

del hombre, añade su obra á la obra de la naturaleza. Suponen algunos que esta añadidura no sirve más que para dañar á la creación primitiva; pero nosotros no pensamos así, y decimos que lo único que hace es cambiar el aspecto de mil modos distintos. Cada generacion deja por donde pasa sus señales.

Por ejemplo, véase la isla Saint-Ouen.

sado. Además, hay allí siempre como una feria con sus eternos atractivos; y por consiguiente, si ya no se oyen las canciones de los marineros de agua dulce, si ya rara vez se encuentran los pescadores solitarios, en cambio se oyen las músicas de los titiriteros, lo mismo que en Saint-Cloud y en las demás ferias. Cada época tiene sus gustos, y sobre gustos no hay nada escrito.

En cuanto á la ermita de Villebon, escondida en los bosques de la orilla izquierda del Sena, el tiempo y solo el tiempo ha hecho la metamorfosis que hoy se advierte. Aquí no se oye el menor ruido; todo es soledad, todo silencio y calma en tan pintoresco y poético sitio. Se puede comer lo mismo que si se estuviera en un desierto. No es posible encontrar mas completo contraste. Únicamente habla el paisaje; pero no á todos les basta este lenguaje.

Que esta es una verdad, lo prueba la concurrencia que acude á Bougival, punto que verdaderamente merece la boga de que disfruta. Bougival es, con efecto, uno de los lugares mas bonitos de las cercanías de Paris, pues abunda allí todo cuanto puede ser agradable á la vista. El rio tiene un aspecto delicioso, los árboles son magníficos, y en la isla, tan llena de sombra, se puede uno pasear por la yerba fresca y suave á los piés como una alfombra de verdura. En las cuestas que dominan la aldea se encuentran puntos á cual mas pintorescos, y luego, esos bosques, esas colinas, esas cascas de recreo están llenos

de recuerdos históricos. Durante todo el verano las expediciones de los parisienses á Bougival son continuas. Se llega con la velocidad del vapor. No hace una hora que se ha dejado el bulevar de los Italianos, y ya se conoce que se está lejos de Paris. Las barcas ligeras trasladan de un punto á otro á toda una poblacion alegre y bulliciosa. Los pescadores miran con atencion



Las cercanías de Paris. — La ermita de Villebon.

En otro tiempo era el punto de reunion de los pescadores con caña y de los aficionados á baños frios. Aun la moda no habia llevado á la gente á Bougival, como en el dia sucede.

Pero aquello se acabó. Los que van á pasar el dia á la isla de Saint-Ouen, no tienen ya que llevar merienda, pues encuentran comida. La civilizacion ha progre-



Las cercanías de Paris. -- La isla Saint-Ouen.

sus anzuelos ó sus redes. Se oyen cantares y risotadas en la isla. La vida parece haber alejado de sí todas las tristezas, y se muestra cómoda y fácil para todo ese pueblo de gente independiente que sabe libertarse de los enojos de la civilización. Para los unos, eso no dura mas de algunas horas; para los otros toda la estación de los calores. Felices estos últimos.

G. B.

El falso Profeta.

ROMANCE HISTÓRICO ORIENTAL

Traducido del inglés

POR TOMAS MOORE,

Con notas por D. G. C.

Lalla Rookh, sin embargo, que estaba demasiado ocupada con el triste cuento de Zelica y su amante para pensar en otra cosa (sino tal vez en quien lo refería), pasó rápidamente por aquella magnífica escena á su pabellón, con muchísimo pesar de los pobres artistas de Yamtheon, acompañada con igual presteza de su sumiller de corps, quien á cada paso iba maldiciendo al antiguo mandarin que llevado de ternura por la pérdida de su extraviada hija, estableció el uso de estas fantásticas iluminaciones de la China (1). Sin perder un momento, pues Feramorz por orden de Lalla Rookh fué presentado; y Fadladeen, que nunca podía calificar el mérito de un poema, sin saber de antemano á qué secta religiosa pertenecía su autor, estuvo para preguntarle si era *shia* ó *sooni*, cuando la princesa, picando de manos como en señal de silencio, el jóven trovador, sentado en un *musnud* (2) á su lado, continuó de esta manera:

— Prepara tu alma, jóven Azim, tú que has arrasado las bandas de la Grecia esforzada, bien que en la misma esclavitud, haciendo frente á sus falanjes famosos, á sus picas macedonias y sus globos de fuego, pues ya te aguarda otra prueba mas peligrosa que cuantas empresas has acometido hasta aquí con serena frente y firme pecho. Los ojos relucientes de las bellezas reunidas aquí do quier se ven sus sonrisas ó se oyen sus suspiros en la tierra, de toda tez y forma segun el amor ostenta en su triunfo ó la bandera negra ó la azul, son las guerreras con que habrás de lidiar. Esta es la bella hueste que hoy te provoca á la lid, debiéndote oponer á aquellos chispazos que arrojan las emboscadas cejas de unas, y al furtivo y mal cubierto fuego que se lanza del inclinado párpado de otras, tapando así sus luceros á manera de espadas medio envainadas. Tal es, Azim, la cohorte de amables enemigas que te esperan; y por mas que otros vencedores se jacten de famosas proezas, aquel que armado en la causa de la virtud, aquel jóven ánimo que sabe oponerse al poder de la hermosura, y que sintiendo sus encantos se contrapone á su esclavitud, es el mayor y el mas valeroso conquistador de todos.

Ya por los aposentos del harem se descubren luces movedizas y figuras agitadas, anunciando así los ritos del tocador; de pieza en pieza se deslizan las ágiles doncellas, unas diestras en poner guirnaldas primorosas en el turbante; otras en colocar el umbroso velo con aparente incuria sobre las mancebas sonrojadas, quienes con mostrar por sus dobleces un solo ojo vencian como la reina de Sheba (3). Otros se ocupaban en traer hojas de *henna* con qué teñir de color de rosa el extremo de los dedos (4) de un modo tan brillante, que vistos al espejo, parecen puntas de coral que salen sobre el agua: otras hay que mezclan los tintes de *kohol* (5) negros como el azabache para comunicar á los ojos aquella languidez que tanto hermosea á las que los orgullosos soberanos buscan en los apacibles valles de Circasia.

Todo está en movimiento; por todas partes brillan anillos, plumas y perlas: algunas de menor edad se han ido á los jardines, donde á favor de la luna cogen las flores mas frescas para engalanarse la cabeza. ¡Criaturas festivas que dan pena y placer á la vez al ver que

(1) *De la China*. El vulgo atribuye su causa á un suceso verificado en la familia de un famoso mandarin, cuya hija pasando una tarde por las orillas de un lago, cayó en él y se ahogó. El afligido padre acudió allí con toda su familia, y para mejor hallarla mandó encender una porción de linternas, y en vista de esto se agolparon tras de él todos los habitantes del lugar con antorchas en la mano. Al año siguiente hicieron hogueras en la orilla del lago en el mismo día que aconteció aquella desgracia, y así cada año se fué siguiendo la misma ceremonia hasta adoptarse por fin como costumbre. *Present state of China*.

(2) *Musnud*, cojin ó almohada destinada para personas de respeto.

(3) *La reina de Sheba*. Me has robado el corazón con uno de tus ojos. *Cántico de Salomon*.

(4) *Extremo de los dedos*, teñían de color de grana sus dedos con el *henna*, de suerte que se asemejaban á las ramas de coral. *Story of prince Futta in Bahardanush*.

(5) *Tintes de kohol*, las mujeres ennegrecen la parte interior del ojo con un polvo hecho del negro *kohol*. *Rusell*.

cada una prefiere arrancar su guirnalda del árbol que trae á su memoria la hora inocente de su niñez, con los recuerdos de su patria y de sus lejanas amigas! La doncella de la India viendo en su regazo las doradas hojas del *champac* (1), piensa en el tiempo en que sus pequeñas compañeras en las riberas del Ganges iban esparciendo sobre sus negros cabellos tantos pimpollos, goteando los frescos rocíos de aquel rio sagrado; al paso que las jóvenes árabes embelesadas con los olores de sus mismas montañas, ven reunidos como por encantamiento del dulce y oloroso *elcaya* (2), no menos que del árbol cortés que se inclina á cuantos se acogen á su sombra (3), el pozo, los camellos y las tiendas rurales de sus padres, suspirando por la choza que con poco sentimiento dejaron, y deseando ya volver á sus rústicos afanes.

Entre tanto, por unos dilatados salones iluminados, pero tan silenciosos que no se oye mas ruido que el de odoríferas cascadas que chorrean de fuentes jaspeadas; el jóven Azim va errante y extraviado como en medio de un laberinto, sin que pueda atinar cual sea el objeto de tanto resplandor y soledad. Por unos largos corredores se pasea entre arriates de diversos colores ó alfombras del Cairo, donde en cazoletas y urnas de plata ardia la olorosa madera de aloes y sándalo, juntamente con aquellas varas aromáticas que durante la noche alumbran los vergeles de Thibet (4), despidiendo una luz perfumada como la que difunden las varitas de las *perys*, para indicar á los espíritus puros el camino de sus célicas moradas. En seguida, un espacioso salón hiere su vista, en medio del cual, y como á su luz meridiana reflejada á manera de los rayos del arco-iris, se descubre una fuente que arroja sus aguas cristalinas hasta la altura ó remate de una esmaltada cúpula enriquecida con ornatos arábigos, flores y oro; mientras su movimiento mosaico se trasluce por medio del rociado chorro argentino de la misma fuente: á manera de aquellas húmedas y relucientes conchas de varios colores que se hallan en las orillas del mar Rojo. Allí tambien se echan de ver rastros de amor femenino, no solo en la tierra, sino en la esfera acuática: de una parte se descubren peces que cautivados por su flaqueza y hermosura representan la suerte de la mujer, brillando en las olas de vasos transparentes en que se ven encerrados á manera de vetas en una mina de oro; de otra con delgadas rejas de odorífera madera de Comorin (5) se ostenta aprisionada cada ave lustrosa que hiende el aire con su vuelo: los alegres y centellantes *loorys* que brillan entre las flores carmesinas de los árboles de coral (6) en las calorosas islas del soleado mar de la India: la sacra paloma azulada de la Meca (7), y el zorzal del Indostan (8), cuyo santo gorgo se deja sentir por la tarde desde la cima de la encumbrada pagoda: aquellos dorados pájaros que á la sazón de las especias caen ébrios en tierra vencidos por la fuerza de tan sabroso alimento que los atrae desde los mares del Sur por el sentido del olfato: los que en el suave clima de Arabia edifican sus elevados nidos en pimpollos de canela; por fin, todas las raras cuanto hermosas aves que por el puro elemento vuelan se hallan allí reposando en dulce calma, igualmente que aquellas verdes que moran en los radiantes campos del gamon del Eden (9). Así anduvo sucesivamente el jóven Azim, perdido entre unas escenas que por su misma voluptuosidad eran mas propias de aquel rey impio (10), á quien el negro ángel de la muerte con encendida antorcha dejó exánime y consumido en el atrio del mismo placer, que de la pura morada de un profeta enviado con la espada del cielo para emancipar al género humano. Las miradas austeras que por todo aquel recinto arrojaba el jóven guerrero, su sencillo traje y el ruido de sus arreos, ¡qué mal cuadraban con la pompa, el fausto y el silencio de aquel emporio de lujuria!

— ¿Es este pues el modo, dijo Azim, de libertar el espíritu del hombre del letal dominio de la flojedad terrena? ¿Es así que se enseña al hombre que durante su vida mortal ne debe conocer mas felicidad que la

(1) *Champac*, la vista de las flores del dorado *champac* puestas en el pelo negro de las indias, ha dado lugar á muchas hermosas alusiones entre los poetas que han escrito en *sanscrit*. *Asiatic researches*.

(2) *Elcaya*, árbol famoso por sus perfumes, y muy comun en las colinas de Yemen. *Nieburh*.

(3) *A su sombra*, árbol de *genus mimosa* que baja sus ramas cuando alguno se le acerca, como si quisiera saludar á quien se abriga bajo su sombra. *Nieburh*.

(4) *Vergeles de Thibet*, los clavos de especia son un ingrediente principal en la composicion de las varas olorosas que los hombres de rango tienen ardiendo en su presencia. *Turner's Tibet*.

(5) *Madera de Comorin, et celui du Sandal qui s'y trouve en grande quantité, vient de là, et le bois d'aloes que les arabes appellent oud comari*. *D'Herbolot*.

(6) *Árboles de coral*, millares de *loorys* de diversos colores frecuentan los árboles de coral. *Barow*.

(7) *La Paloma azulada de la Meca*, nadie se atreve á espantar, maltratar ni menos matar estas palomas que se hallan á millares en la Meca.

(8) *El zorzal del Indostan*, el zorzal de la pagoda se conceptúa uno de los mejores cantores de la India: se pone sobre las sagradas pagodas, desde donde entona sus melodiosos cánticos. *Hindostan por Pennant*.

(9) *Gamon del Eden*. Los espíritus de los mártires se alojarán en los cuerpos de las aves verdes. *Gibbon*.

(10) *Aquel rey impio*, Shedad que hizo los deliciosos jardines de Irím á imitación del paraíso, y fué muerto por un rayo la primera vez que quiso entrar en ellos.

que le da la virtud, y que muriendo deja un esclarecido nombre que cual atalaya resplandece sobre el pináculo de la fama? No era así, tierra de generosos pensamientos y atrevidos hechos, que enseñaban tus sabios divinos; no era así en medio de vergeles donde se nutre la lasciva holgura, que la libertad alimentaba sus sagradas energías; no crecían á la sombra de torpezas sensuales que consumen y debilitan el ánimo, los mirtos con que aquella ceñía sus armas al acometer empresas inmortales, sino al aire tónico de la fatiga, de la templanza y de aquella sublime, de aquella rara y etérea virtud que sola da la vida, la salud y el brillo á la libertad coronada. ¿Quién será aquel que midiendo con la vista este diminuto globo que pisamos, este granito de vida en los latos arenales del tiempo, este estrecho istmo entre dos océanos ilimitados, lo pasado y lo futuro, (dos eternidades) ¿quién será, digo, el que desluzca un corto espacio luminoso, ó le deje yerto é inutilizado cuando puedo hallar erigido en él un soberbio templo, y adquirir un nombre que santifique todo su ámbito para ser el paradero de otras almas puras y magnánimas? Mas no puede ser que un enviado del cielo comisionado para romper la vara mágica de la falsedad, un profeta de la verdad, cuya misión viene del cielo, profane así su causa con la vana ostentación del mundo. No, no; ya lo veo; sí, ya entiendo todo esto. El me cree frágil: todo este aparato lujoso no es sino para probarme y ver por el ensayo, si mi jóven alma posee ó no la vista del águila: pero que ostente su refulgencia, que esta vista no quedará deslumbrada con toda la fuerza de su luz.

De esta suerte iba discurriendo Azim, al mismo tiempo que se burlaba de aquella escena encantadora; mas luego conoció en sí que el hechizo se iba apoderando de todos sus sentidos. Los perfumes que se hallaban en torno de él como un estantigua que á todas partes acude; el sonido imperturbable de las cascadas que provocan el sueño como el zumbido de las abejas de la India cuando al ponerse el sol se reúnen en enjambres al rededor de la hermosa *nilica*, y á fuerza de zumbir quedan dormidas en sus flores azules; y la música, sobre todo, que con su dulzura mas afecta el alma de quien la escucha con pasión que todas las demás, y que oída desde lejos, no parecía sino el exquisito y moribundo son de un sueño; en fin, no pudo ya Azim resistir á tantos alicientes, ni contemplar tan felices escenas sin reconocer en su corazón que eran superiores á la fuerza de los sentidos. Recostándose pues con estas dulces conmociones en uno de los lechos que allí se veían, entregada su alma á suaves reflexiones que se iban sucediendo unas á otras á manera de olas en un mar sosegado en que acaba de pasar la tempestad; pensó en su amada Zelica, no menos que en aquellos tiempos cuando harto felices con gratos suspiros se sentaban uno al lado de otro, gozando de aquella tácita dicha que veían retratada en sus ojos, como si el cielo les hubiera deparado cuanto habia digno de mirarse en la tierra.

— ¡Ay, amada mia! tú cuyos encantos me rodean, me siguen y están conmigo do quier que me hallo ó divago: por tí es, por tí únicamente es que busco las sendas de la gloria; gloria que en tus enardecidas mejillas ve retratada su aprobacion, é impresa en tus dulces miradas su alabanza como en el libro del ángel; pues por bien premiados tendré todos mis trabajos, como consiga de tí una sonrisa que los señale con el carácter de la inmortalidad. Mas ¿cómo aguantar aquel momento cuando restituido al tierno corazón de que soy el solo árbitro (bien que indigno de tanta dicha, pues que solo á los óptimos toca ser dichosos); cuando de aquellos labios que en tantos años no han recibido otro aliento que el mio, borraré con besos las sinceras lágrimas del alma, tan ardorosos como los sagrados que nos dimos al partir? ¡Ah, vida mia! ¿por qué me veo un solo día, un solo instante separado de tus brazos?

Mientras Azim se entregaba á estos pensamientos, hieren de mas cerca sus oídos unos sonos armoniosos que dan mas peso á la dulce cadena que arrastra su ánimo; y mirando hácia aquellas lejanas calles de árboles iluminadas con fanales sin cuento, que difunden su luz á manera de la que deja el sol en las ondas cuando se despide de la tierra; descubre á favor de la trémula claridad un grupo de formas femeniles que se adelantan en orden de danzas: unas encadenadas á otras con lazos hechos en los verdes y soleados bosquecillos donde domina el rey de las flores (1); otras sueltas y desembarazadas juegan en el circo aparentando burlarse de la esclavitud de sus compañeras con retozos y vueltas como insectos alados en torno de una lámpara; al paso que las demás caminan con tanta gracia que miden sus pasos al compás de música celeste, ó de sus mismas tiernas voces dando esencia mas musical que cuantos salterios, laudes y ceteras resuenan allí. Ya llegan, ya se paran moviéndose en presencia de Azim unas figuras como las que ostenta la naturaleza cuando quiere competir con el pincel de la imaginacion, formando cuadros que aventajan á los mas perfectos del arte. En seguida se ponen á bailar; luego se dividen como aquellas roseadas nubes que al acaso se separan del rico pabellón del sol, hasta que dispersándose de una en una por diversos senderos que desde aquellos aposentos conducen á jardines, verdes colinas y praderas iluminadas por los rayos lunares, sus carcajadas de

(1) *El rey de las flores*. Lo disfrutaron hasta que el rey de las flores subiese al trono de sus esmaltadas hojas. *El Bohardanush*.

risa ya lejanas retumban en el aire. Ya se pierden de vista; quedándose solamente envuelta en aquella esplendorosa soledad una que en vano decía á sus compañeras que volviesen. El lindo semblante de esa no tenía velo con que ocultar una amable cortedad que la hacia aun mas interesante; pero adornaban su cabellera unas ligeras cadenas de oro como las que se estilan entre las doncellas de Yezd y Shiraz (1), de las cuales de una y otra parte pendia con gracia un amuleto de oro que tenia grabado en árabe un renglon inmortal del sacro libro, ó de un vate poco menos que divino. Llevaba en la mano izquierda un pequeño laud hecho de sándalo y de oro, que en medio de su encogimiento tocó un par de veces con rápida pulsacion, y al punto se desprendieron sus dedos temblones del instrumento; pero por fin, cuando con una tímida ojeada avistó á Azim, la dulce gravedad que se dejaba ver en las facciones del jóven calmó sus temores, y acercándose poquito á poco, y como con paso de cabra montés semi-domesticada, se sentó en un *musnud*, y preludiando una tocatá al estilo patético de Isfahan (2), empezó á cantar de esta manera:

« Junto al rio de Bendemeer hay un vergel de rosas, y el ruiseñor en torno de él canta todo el día; en los días de mi niñez me era como un dulce sueño el sentarme entre las rosas y oír cantar las aves.

« Jamás se me ha olvidado aquel vergel, ni su música; sino al contrario, cuando me hallo sola, pienso á menudo si cantará aun el ruiseñor, y si las rosas florecerán aun cerca del manso Bendemeer.

« No; que las rosas luego se marchitaron que pendian sobre sus aguas: se recogieron algunas flores mientras aun respiraban fresca, y de ellas se destiló un rocío que daba toda la fragancia del verano cuando este pasó.

« Así la memoria saca del deleite, antes de morir, una esencia que deja respiros por muchos años; así tan brillante para mi alma como lo fué para mis ojos, es aquel vergel en las riberas del manso Bendemeer (3). »

— ¡Pobrecita! dijose Azim, pues si te han enviado aquí con tu dulce laud y tu gentil hermosura á despertar deseos impuros en este corazón, ó á probar su fidelidad, ¡qué mal lo entiendes! Pero tanta pureza se ha despedido de tus labios, que aun cuando por su dulzura aconsejasen el mal, tus ojos vestales contrariarían su mismo intento: tu canto se traslada con tanto ahinco á los días de la cándida mocedad guiando tu alma (si alguna vez se extravió) á su primera inocencia, que antes detendría yo á la suelta paloma que se restituye á su cariñosa madre, que apartar de la virtud un solo deseo tuyo.

Apenas hubo dado salida á estos sentimientos, cuando resplandeciendo por las cortinas de azul celeste que poco á poco se iban abriendo como á impulso de los céfiro, se dejaron ver infinitos ojos parecidos á las estrellas que por la tarde se descubren en el cerúleo firmamento, y que por sus eclipses y apariciones daban á entender que las beldades de adentro se burlaban de aquella pareja silenciosa y melancólica. Mas ya descorridas las cortinas en medio de nubes de jazmin, que acabado de coger arrojaban las ninfas de afuera en sus juegos, saltaron dos de las mas briosas y livianas parecidas á aquellos seres aéreos que se alimentan de olores, y dando vueltas por un luminoso salon, se fueron persiguiendo la una á la otra en varias actitudes, ya de alegría y languidez, ya de esquivéz y desenvoltura, explicando con sobrada elocuencia los cálidos intentos del amor. En esto, la jóven que hacia resonar en su laud la memoria de su patria, se retira con tímidos pasos encogida como la violeta por el ardor estival, y llevándose aquel suspiro del corazón de Azim, cual se suele dar al ver pasar entre la turba de la tierra ciertas formas demasiado amables para quedarse en ella: criaturas resplandecientes que jamás se vuelven á ver.

De los blancos cuellos de aquellas bailarinas pendian rosarios de piedras preciosas del Oriente, cuya brillantez excedía el vidrio marino que centellea en las colinas de cristal que se descubren sobre el mar Caspio (4); mientras de las negras y prolongadas trenzas de sus rizados cabellos colgaban campanillas tan melodiosas como las que penden de las doradas ramas del árbol

(1) *Las doncellas de Yezd y Shiraz.* Es parte del peinado de las persas una ligera cadena de oro engarzada en pequeñas perlas, teniendo pendiente una lámina de oro del tamaño de un peso fuerte, que cae en la megilla, y en que se ve impresa alguna oracion en árabe. *Viajes de Hanway.* Seguramente las mujeres de Yezd son las mas hermosas de la Persia, y de aquí se originó el proverbio: Para ser feliz es menester casarse con una natural de Yezd, comer el pan de Yezdecas y beber el vino de Shiraz. *Tavernier.*

(2) *Al estilo patético de Isfahan.* Los persas como los antiguos griegos dan á sus *perlas* (escuelas de música) nombres de varios países y ciudades, como el modo de Isfahú, el modo de Irak, etc.

(3) *Bendemeer*, rio que corre junto á las ruinas del Chilmínar.

(4) *Mar Caspio*, al Norte en la costa de este mar, junto á Badku, habia una montaña que resplandecía á manera de diamantes á causa del vidrio y cristal marinos de que abunda. *Diario del embajador de Rusia.*

del paraiso, agitándose por el soplo del Eterno (4), y que sonaban á cada paso dando nueva dulzura á cada movimiento, como si fuese el lenguaje estático de sus mismos piés. Al fin se terminó la danza, y se quedaron las ninfas coronadas una en brazos de otra; pero luego se oyó penetrar por los porticones de aquellas estancias una música sonora realizada por los hálitos y brisas de flores nocturnas, que parecían proceder de alguna mansa laguna: sonidos tan sutiles que entre sus pausas y crecimientos pudo discernir el oído las apasionadas expresiones siguientes, emitidas como de un conjunto de varias cuerdas combinadas con voces tiernas y armónicas:

« Espíritu hav cuyo fragante aliento abraza en la tierra y en el aire: está siempre junto á las ardientes megillas, y donde se unen los labios allí reside.

« Su aliento es la esencia de estas flores, y sus ojos flotantes, ¡cuánto se asemejan á los azules lirios acuáticos cuando el céfiro hace temblar el agua en que están!

« ¡Salve, salve, potencia abrasadora! espíritu de amor, espíritu de dicha; tu tiempo mas sagrado es la claridad de la luna, y jamás la hubo mas clara que en este instante.

« Por las bellas y los esforzados que se unen sonrojados, como el sol y las olas cuando se topan de noche; por las lágrimas que expresan la cercana pasion como gotas de lluvia que bajan por el calor del día; por la primera pulsacion amorosa del jóven corazón; por la felicidad de encontrarse y la pena de separarse; por todo cuanto has dado á los mortales; que ¡ah! si durase esta tierra fuera un cielo: te llamamos ¡potencia abrasadora! espíritu de amor, espíritu de dicha; tu tiempo mas sagrado es la claridad de la luna, y jamás la hubo mas clara que en este instante. »

Poco acostumbrado Azim á una escena cuyo lujo á pesar suyo habia hallado fácil entrada en su tierno ánimo; á una escena en que el jóven corazón se entrega mas que todo á la música, á las flores y las sonrisas, escena en que el ceder era perderse; se levantó asustado alejándose de aquellas livianas y su canto afeminado, para contemplar las pinturas suspendidas por aquellos contornos (2): brillantes imágenes que hablaban sin articulacion, y perspectivas que daban el colorido de paisajes encantados. Pero luego se le embargaron de nuevo los sentidos; pues todo cuanto podia animar la muda omnipotencia del pincel, todo lo bello, dulce, cariñoso y apasionado resplandecía en aquel recinto; no con excesivo ardor, sino atemperado con aquella delicadeza del arte que no retrata del placer sino la parte mas pura; que sabe que hasta la hermosura misma es mejor cuando no se manifiesta sino á medias: como su mismo bello planeta que medio retirado se presenta mas amable en las regiones occidentales de su órbita (3). Allí se veia suspendida la historia del rey de los genios, trazado con todos los extravíos de su voluptuosidad con aquella de Saba, en cuyos deslumbrantes ojos leia: que el ser feliz es ser sabio (4); allí la apasionada Zoleika (5) se brinda con brazos abiertos al mancebo hebreo, quien huyendo de sus juveniles gracias, vuelve á contemplarlas en medio de su misma fuga, y cuando ya casi perdido, desea ganar á la vez el cielo y á ella. Allí asimismo se ostenta Mohammed nacido para el amor y el do-

(1) *Soplo del Eterno.* A lo que se añadirá el sonido de las campanas suspendidas en los árboles, causado por el viento que procede del trono de Dios cada vez que los bienaventurados quieren música. *Alcoran, por Sale.*

(2) *Pinturas suspendidas.* Se ha supuesto generalmente que los mahometanos prohiben pinturas de todo género; pero Torderini demuestra que, bien que la práctica sea privada por el Alcoran, no se oponen por eso á las figuras é imágenes pintadas mas que los demás pueblos. Vemos tambien en las obras del señor Murphy, que los árabes de España no tenían reparo alguno en pintar figuras.

(3) *En medio de su órbita.* Esta no es una verdad astronómica; pues el doctor Hadley (dice Keil) ha demostrado que Venus es mas brillante cuando se halla á unos 40 grados del sol, que entonces no se descubre desde la tierra mas que la cuarta parte de su luciente disco.

(4) *Es ser sabio.* Tocante á los amores de Salomon, que se supone presidia á toda raza de genios, con Balkis, reina de Sheba ó Saba. *D'Herbolot.* En el palacio que Salomon mandó construir para la llegada de aquella reina, el suelo ó pavimento era de vidrio, debajo del cual se veian nadar peces en sus aguas corrientes. Esto fué motivo para que Balkis se engañase por unas apariencias naturales. Y si, cuando se le dijo: Entrad en el palacio, vió un gran rio, y queriendo pasarlo, abrió las piernas y alzó sus vestidos creyendo que lo era, no se ha recordado esta circunstancia como mengua en la dignidad del Alcoran; por lo que Salomon la dijo: En verdad que este es un lugar lisamente empedrado de vidrio. *Cap. 27.*

(5) *La apasionada Zoleika*, mujer de Potifar, llamada así por los orientales. Sus aventuras con el patriarca Josefo, es asunto de muchos romances y poemas. La pasion que esta fatal beldad tuvo á su jóven esclavo hebreo, ha dado origen á una composicion muy apreciada escrita en lengua persa por Nouredin Tami, titulada *Yusuf van Zelikha*. Se halla una copia manuscrita de este poema en la librería de Boleian de Orford, que se cree la mas hermosa del mundo. *Nota sobre la traduccion de Hafer, por Nott.*

lo, olvidándose del Koran en las sonrisas de su María, y dirigiéndose despues á algun ángel benigno, para que con otro texto nuevo consagre sus amores (4).

Con paso acelerado y la vista detenida en aquellos halagos, pasó el jóven Azim por entre los cuadros hasta que arimándose á cierta ventana en que la luz de la serena luna entraba, descubriendo así los refrescados campos de afuera, pero tan silenciosos y endormecidos como si no quedase ya mas vida en las brisas ni en los riachuelos; se detuvo allí mientras la música, ya mas cercana, derramaba en sus oídos un sentido mas puro que antes, como si la distancia y el rayo celeste en que flotaban sus sonidos, quitasen de aquel canto el excedente de lo terrenal que contenia. ¡Ah! ¿cómo podia escuchar Azim semejantes sonos sin conmoverse, oídos entre tantos esplendores? ¿cómo dejar de pensar en aquella que amaba? Sueña pues mientras te sea dable, jóven sin sospecha, ya que es la última felicidad que disfrutará tu alma: abrázate aun con su imagen, antes que todo el brillo que te la hizo tan querida se extinga para siempre: piensa en sus sonrisas como cuando las viste la última vez: claras, bellas y sin lunar de la tierra: acuérdate de sus lágrimas al despedirte; puras las recibiste como las que vierten los ángeles, si es que lloran. Piensa que ella aun te aguarda en su pacífico vergel con el mismo ardor de corazón, y la misma frescura de miradas; que aun se ve endiosada en la soledad, toda tuya y únicamente tuya, á manera del astro luciente y solitario que estás viendo en el cielo ¡Ay! que tan dulce y tan gozoso sueño se haya de disipar con tanta pesadumbre y crueldad...

Cesa el canto: se retiran las ninfas, y Azim, entregado á la ilusion de la felicidad, queda solo, ¡solo!... no, aquel profundo suspiro... aquel pesaroso sollozo... ¿de quién podría ser que se lanzó tan cerca de él? ¡Ah! ¡hallarse aquí miseria... hallarse quebrantado en este sitio encantador!... Exclamando así, se vuelve y repara la figura de una mujer apoyada contra una columna de piedra, con velo muy cerrado, como si las fuerzas y el alma la hubiesen abandonado á la par. No lucia con joyas y guirnaldas como las otras; iba esta ataviada como las doncellas de Bokara, que vistiendo el traje de color azul turquí, dan señales manifiestas de sentimiento ó por la muerte ó la ausencia de sus deudos ó amigos (2); y tal era el vestido de Zelica el día en que la dejó su amante, día en que sobradamente agobiado su corazón para el despido, llevó consigo Azim las últimas enardecidas lágrimas que aquella vertió en sus megillas.

Una extraña conmocion la asalta, mas de la que excita la mera compasion; y abriendo sus brazos de un modo insensible, se abalanza como impelida por la postrera fuerza de la vida hacia el abrazo de Azim; mas antes de llegar cae convulsiva en el suelo. Cae tambien el velo en el esfuerzo; agarra con mano incierta sus rodillas... es ella... ella misma es... la misma Zelica á quien está viendo... Pero ¡qué cambiada! ¡qué pálida! Nadie que no fuese su amante, al ver destrozado un templo de tanta hermosura, podria conocer la deidad que él adoraba. Azim se queda enmudecido por algun tiempo, mientras que en medio de sus dudas, y apartando las trenzas de la desmayada, se pone á contemplar aquellos párpados que en otros tiempos felices despedían tanto fuego, antes de poder creer que aquella fuese su amada Zelica: sí, aquella que en la alegría como en la tristeza habia conocido siempre hermosa; aquella que hasta cuando llegó su dolor al colmo, cuando Azim la tuvo que dejar por la guerra, hasta en aquella malhadada hora se mostró hermosa en su misma pena: á manera de aquella dulce flor de la noche que ostenta su brillo en la oscuridad y difunde sus olores por medio de aspiraciones plañideras (3).

(Se continuará.)

Los motines de Seraing,

(BÉLGICA.)

Las coaliciones de obreros, que habian causado en Ginebra tantas revueltas, acaban de producir iguales incidentes en la Bélgica. En las minas de carbon belgas, lo mismo que en Ginebra, la *Asociación* internacional parece haber tenido la direccion de los movimientos del motin, é importa mucho observar que la intervencion de esta sociedad poderosa da una significacion mucho mas grave á esas manifestaciones. No solo se discute el salario, sino que se pone al trabajo en lucha contra el capital, apelando á una revolucion social.

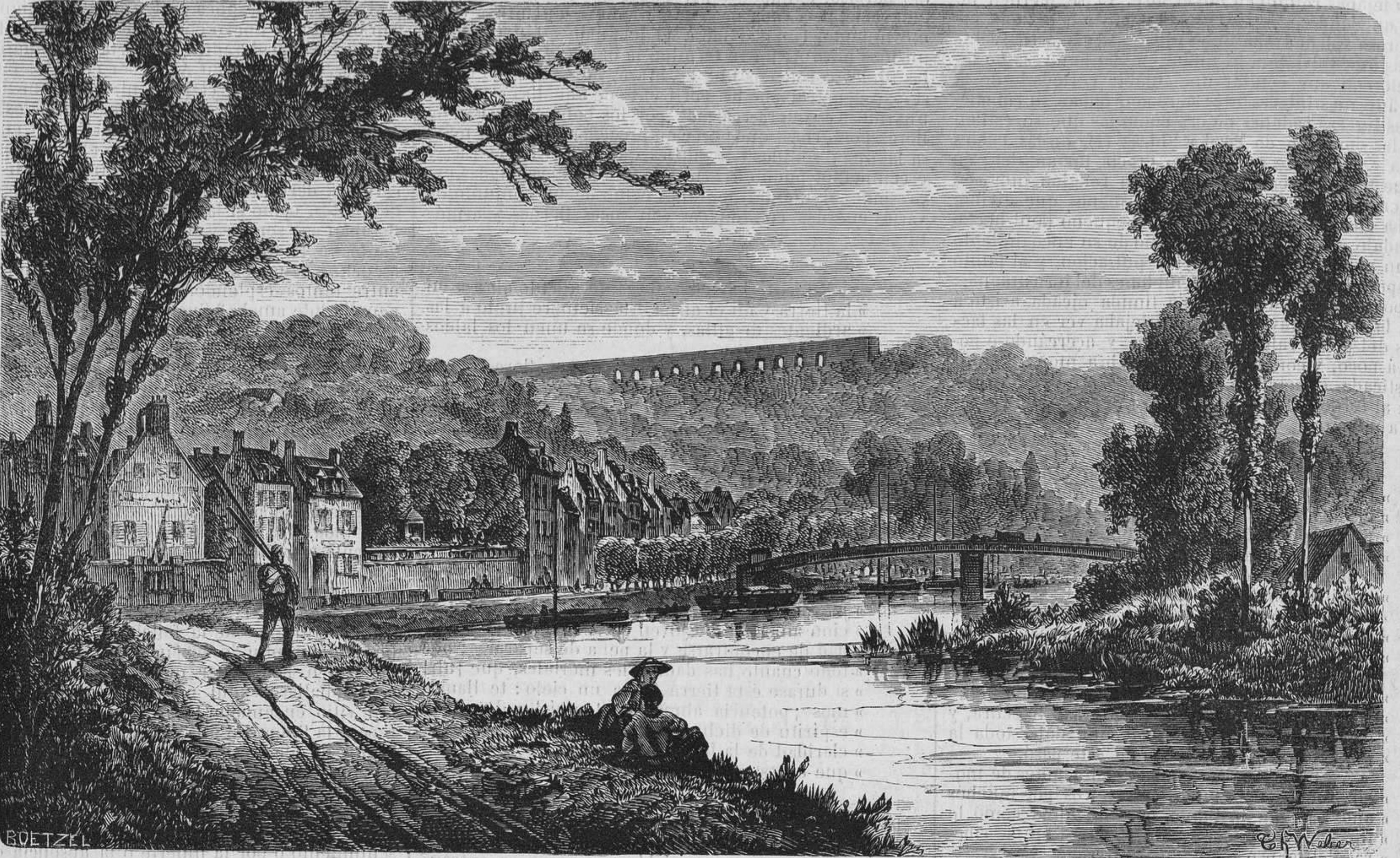
Expondremos brevemente los hechos. El motin comenzó en Seraing, ciudad situada en el Mosa; á corta distancia de Lieja.

La cesacion del trabajo se declaró primeramente en

(1) *Consagre sus amores.* Los detalles de los amores de Mahoma con Maria la copta, y que el profeta justifica añadiendo un nuevo capitulo al Alcoran, se pueden ver en *las notas de Ganier sobre Abulfada.*

(2) *Deudos ó amigos.* El azul es su color para el luto. *Hanway.*

(3) *Sus aspiraciones plañideras*, el triste *nyctanthes* que no esparce sus gratos olores hasta despues de puesto el sol.



Las cercanías de Paris. — Bougival (véase la pág. 313).

el célebre establecimiento Cockerill, que ocupa á 5,000 obreros. Reclamaban estos un aumento de salario y una disminución de trabajo. Después de las negociaciones que se entablaron sin resultado alguno, los obreros se esparcieron por las calles y comenzaron á romper vidrieras y faroles á pedradas, amenazando de paso á las autoridades. Hubo pues que llamar á la gendarmería,

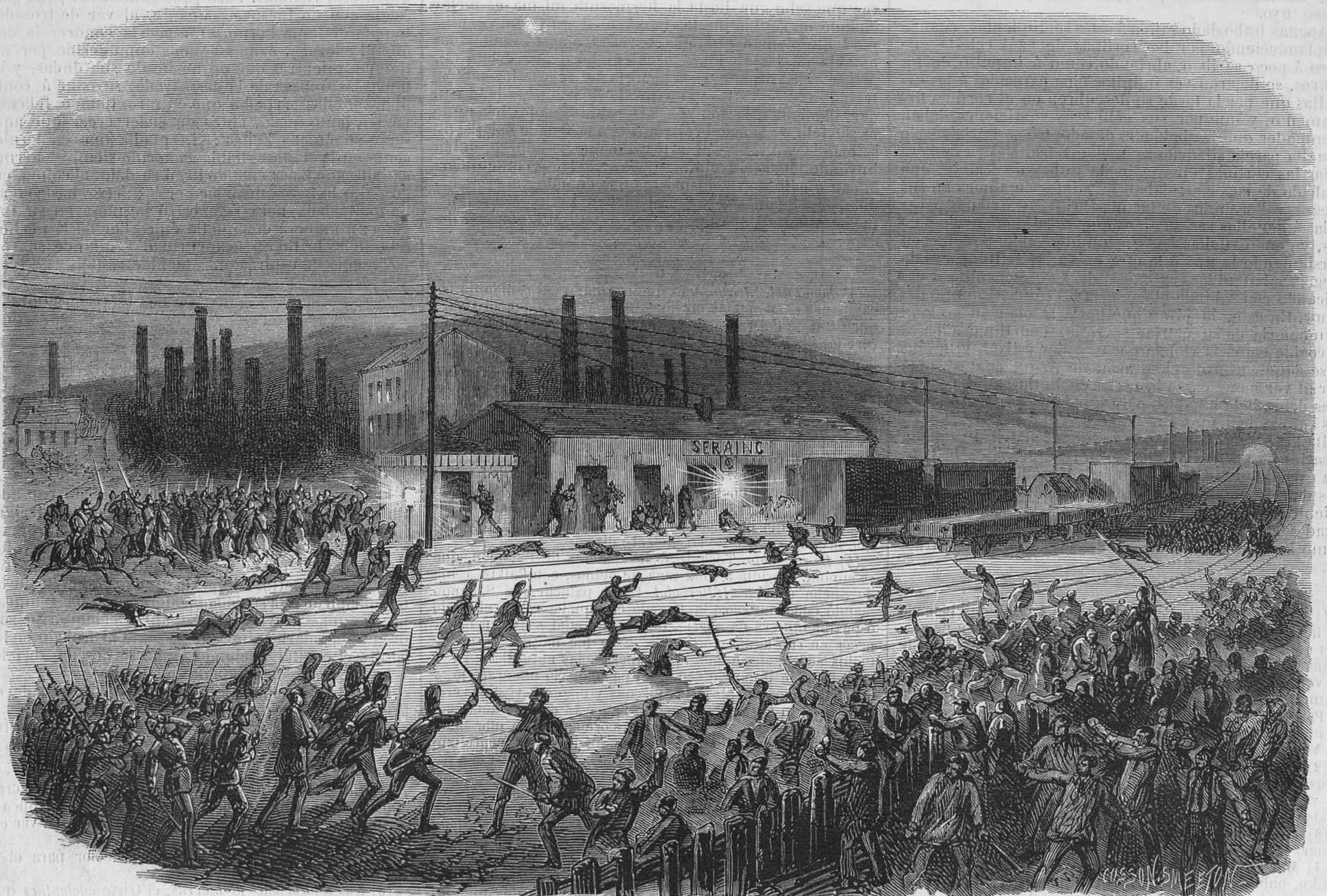
que fué silbada, insultada y derrotada. Muy luego llegaron tropas que se pidieron por telégrafo á Lieja, mientras acudían á reemplazarlas las guarniciones de Lovaina y de Hasselt.

Durante la velada los obreros hicieron manifestaciones tan hostiles, que vino á ser precisa una carga. Nuestro dibujo representa uno de esos conflictos entre

los gendarmes y los obreros, en la estación del ferrocarril.

Hubo muchas víctimas en esta lucha. Una mujer fué muerta y bastantes obreros quedaron heridos. ¡Quiera Dios que estos primeros motines no se reproduzcan, como se teme, en las grandes minas de carbon que hay en Bélgica!

L. C.



BÉLGICA. — Motin de Seraing. — La gendarmería combatiendo á los amotinados en la estación del ferrocarril.

Los libros y los lectores, por Valentin.



El que escribe los libros.



Los primeros libros. — Compendio de historia sagrada.



Poema en verso heroico, ricamente encuadernado.



Hermoso tomo, firmado por uno de los poetas a la moda.

POESIAS.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

Mas adelante, debajo de las espléndidas hojas del plátano, estaban dos chicos de parroquia molestados por los mosquitos, que representaban á Adán y Eva. Nor Elías habia rodeado este teatro de todos los animales de las vecinas montañas, unos disecados y otros recién muertos.

Don Demóstenes se habia acercado á Clotilde y las otras señoras, y les explicaba las familias, especies y géneros de todos los animales. Despues de hablar largamente sobre la raza humana, les hizo notar las cuatro clases de monos existentes en las montañas de la parroquia; el oso hormiguero y el oso negro. El perro doméstico estaba representado por Ayacucho, con su hijo adoptivo á las costillas; el ulamá y las zorras lo acompañaban. El ñeque, la boruga con el conejo y el curí formaban el género de la liebre; la marrana de Manuela, de gran nombradía en los fastos de la historia, junto con un cafuche, cogido en una de las trampas del ciudadano Elías, representaban el género cerdoso. Los papagayos tan aborrecidos de Pia, estaban reunidos en cuatro variedades; los yátaros en tres; los carpinteros en dos; las palomas en seis, desde la doméstica hasta la abuelita, que cabe en la mano cerrada.

Del paraíso se fué la gente de zapatos á dar un paseo por el frente de los bosques, que estaban en las bocacalles, adornados con hoja de palma, ramas de laurel, flores amarillas y algunos espejos pequeños.

El primer bosque representaba la hoyada de un páramo, en donde estaba cazando á los cazadores un venado muy grande con una buena jauría de perros, y encima se leía este letrado: «ASÍ ESTÁ EL MUNDO.»

El segundo representaba un fragmento de queso, puesto en una mesa con un cuchillo junto; y parecia que un hombre sentado en una poltrona cuidaba de él; se veían además, unos pocos caracoles colgados de un hilo. El personaje tenia cuello de clérigo y el letrado decia: «NO HAY MAS QUESO Y Á MI SE ME DAN TRES CARACOLES.»

En el tercer bosque se exhibia un aserrío de mano, con todos sus adherentes: un queso vertical representaba la troza de palo; y á los aserradores un gato y un ratón vivos, empuñando en sus manos una sierra, de tal modo dispuesta que se movia para un lado y otro, cuando los operarios hacian sus movimientos de impulsión y repulsión. El letrado decia: «LA REPÚBLICA Y LOS LEGISLADORES.»

El último bosque representaba un gato colorado empapelando á una polla fina con papel sellado, al mismo tiempo, que un gato blanco estaba empapelando al primer gato con papel de la misma clase. Habia otros pollos, blancos, negros y nicaraguas, que estaban empadados pelados con hojas de la Recopilación Granadina, y toellos tenían sus nombres propios. A Clotilde y á Juanita les llamó mucho la atención la escena de los gatos, y se detuvieron mirando con curiosidad los trajes y los emblemas. El gato blanco tenia botas, lo que indicaba ser de la aristocracia de la Nueva Granada; estaba vestido con una levita blanca y tenia la corbata puesta conforme á la última moda. El gato colorado tenia ruana forrada de bayeta, estaba calzado con alpargatas, el cuello de la camisa estaba en el grado mas alto de almidon que puede darse y no tenia chaqueta, sino chaleco de una moda muy atrasada. El rótulo decia en letras de á cuarta. «LOS MISTERIOS DE LOS GATOS.»

Don Demóstenes se habia quedado distraido y Juanita le preguntó:

— ¿Comprende Vd. el sentido de este bosque?
— No creo que tenga ninguno. Lo que me parece es que estos idiotas abusan de la paciencia del público.
— ¿No cree Vd. que pueda haber alguna relacion entre los gatos y el papel sellado?

— Como entre las señoras y la política de aldea.
A este tiempo trató de revolotear la polla empapelada, y uno de los muchachos del pueblo dijo gritando:
— ¡Miren á la niña Manuela!

Dos públicos estaban al frente del espectáculo, la gente grave y aristocrática, entre la cual se hallaba don Demóstenes, y la democracia pura, compuesta de los muchachos y la gente pobre. Esta última, que era la mayoría, celebraba con risotadas todos los movimientos de los actores, mientras que la gente grande guardaba toda la circunspeccion de la prudencia y la sabiduría, siendo las señoritas las únicas que se sonreían, y eso poniendo sobre sus delicados labios los pañuelos de batista; pero don Demóstenes estaba tan grave que parecia ser el príncipe de la aristocracia parroquial.

— Vean á don Demóstenes con su levita blanca, gritó uno de los muchachos, y á don Tadeo con su sombrero de funda amarilla.

— Estoy comprendiendo, dijo Juanita, que nos han querido dar un bosquejo de la caída de don Tadeo.

— Vean cómo se vuelve don Demóstenes, gritó otro de los muchachos de la turba popular.

— Entiendo que se ataca en esta pantomima, por lo menos, mi respetabilidad, y esto merece un castigo ejemplar, dijo don Demóstenes; y se separó de las señoras en ademán de acometer á los pollos y á los gatos.

— ¿Qué hay? le preguntó don Eloy que estaba cerca del bosque.

— Voy á subir á ese tablado y á pisotear todos los gatos y los pollos, para ver si hay quien saque la cara; porque vive Dios, que le destapo los sesos con mi revolver.

— Quedaria Vd. muy deslucido, me parece.

— ¡Caramba, ponerme en ridículo delante de las señoras!

— ¿Y si todo lo que está representado en el bosque lo hubieran escrito en un artículo de periódico?

— Eso no tendria nada de malo.

— Habria sido peor, porque la imprenta exhibe al paciente delante de todo el mundo, y el bosque solo ante los habitantes de una parroquia.

— Pero á la imprenta puedo oponer la imprenta.

— ¿Y á un bosque no puede Vd. oponer otro bosque?

— La tardanza de veinte y cuatro horas y la carencia de elementos dejarían la contestacion sin efecto.

— ¿No hay casos en que para desvanecer la calumnia de la imprenta es preciso aguardar que vengan documentos de una provincia lejana, y mientras eso se glorian los calumniadores? Vd. sabe muy bien que al que difama por medio de la imprenta no lo castigan las leyes de la Nueva Granada.

— Es porque la libertad absoluta de los tipos y de la palabra es un hecho ya consentido y muy conforme con la verdadera república; pero la libertad de los bosques no está sancionada; lo que voy á hacer es á despachar todos esos gatos y pollos, con los cinco tiros de mi revolver.

— ¿Y qué va á ganar Vd. con eso, don Demóstenes?

— Que no se rian impunemente de mí.

— Y si va y yerra alguno de los tiros, ¿no se expone á que lo silben los muchachos?

— Lo veremos.

— ¡Tolerancia! dijo don Eloy, echándole mano al revolver; ¡tolerancia, tolerancia, don Demóstenes!

— Solamente estos viles parroquianos son capaces de hacer una cosa semejante.

— No, señor; el año de 39, en un pueblo cabecera de canton, pusieron un bosque, del que habian sacado la idea de uno de los que están puestos aquí; y entiendo que fué por criticarle al cura la frase de *mas queso*, que pronunciaba en sus sermones, en lugar de decir, *mas que eso*. En Bogotá he visio tambien varias travesuras de estas.

El gato colorado de doña Patrocinio, que era de muy mal genio, airado con la presencia de tanta gente, hizo caer de un rebullon al gato blanco de Marta, que era el primer personaje de la escena; y este por forcejear se safó el saco y la corbata, levantándose de entre la gente plebeya la voz de una mujer que decia:

— ¡Pobre don Demóstenes!

Le faltó á don Demóstenes la paciencia; dejó ir el tiro; y le dió al gato colorado muy cerca del ojo, haciéndole lanzar un grito dolorosísimo antes de espirar.

— ¡Viva el libertador de la parroquia! gritaban los chicos, y las señoras se retiraban temblando de miedo.

Don Demóstenes encarnizado contra el bosque, siguió haciendo fuego contra los otros personajes, pero escapó milagrosamente el gato de Marta, que estaba vestido de cachaco. La jornada terminó de una manera muy desagradable, porque doña Patrocinio se le vino encima al vencedor, diciéndole estas palabras demasiado bruscas:

— Si Vd. no me entrega mi gato ahora mismo, el el diablo canta en su entierro, don Demóstenes. Esto es lo que uno se suple con alojar en su casa personas desconocidas. ¡Lástima de mi gato, que lo queria tanto! Era tirria que le tenia, porque decia que se parecia á don Tadeo; pero todo no era sino porque no se dejaba sobar, como el gato de Marta; porque ni aun para los gatos hay igualdad en esta vida.

— ¡Pero óigame, doña Patrocinio!

Doña Patrocinio no oía; siguió hablando primores en favor de su gato y gritando como una loca.

Mientras que todo esto pasaba, Dámaso daba libertad al gato blanco y á la polla que representaba á su adorada prenda; y retiraba el cadáver del gato colorado, chorreando sangre todavía. Las señoras entraron á la casa de su posada; Clotilde tuvo una pesadumbre muy grande, porque echó de menos un anillo de diamantes, igual al que tenia puesto su amiga Juanita. Lo avisó á su padre, y este al alcalde para los efectos del caso. Infuasto llamó Clotilde este dia, por algunos acontecimientos fatales que se agregaron á la pérdida del anillo, y tal vez fué uno de ellos, el no haber podido bajar esa semana don Narciso de la sabana.

Don Demóstenes creyó que lo mas conveniente despues de lo sucedido, seria abandonar la plaza; y se fué á casa de Marta, por ver si allá estaba Manuela, para reñirla porque sabia que habia tomado parte en el bosque.

Manuela se habia retirado causada de la fiesta y estaba en la hamaca al lado de Marta, sirviéndose de su brazo como de almohada. Ambas estaban con trajes nuevos, que realzaban su hermosura, á pesar de su sencillez; pues consistían en pañolones colorados de algodón, enaguas de cintura y camisas bordadas. Estaban aletargadas por el calor, el cansancio y la hamaca, cuando se les apareció don Demóstenes.

— ¿Qué tal de Córpus?... le preguntó Manuela sin cambiar de postura.

— ¡Pésimamente!

— ¿No lo ha mirado la joya del Retiro?

— Ojalá que no hubiera estado presente; porque hoy se ha reido de mí toda la canalla de la parroquia, y si tú has tenido parte, como yo lo presumo...

— ¿Parte en qué, don Demóstenes?

— En exhibirme al público en uno de los bosques.

— ¿Y á mí no me vió por ahí?

— ¿Y qué?

— Que hoy no dejo de comer por esa pesadumbre.

— ¿Aunque se rian de tí?

— ¡Y qué remedio! ¿No hay casos en que se rien de uno á sus espaldas?

— Pero una burla pública...

— No siendo contra el honor...

— Eso se llama tener pechuga.

— Tener buen humor y eso que Vd. llama tolerancia, y nada mas.

— Pero un bosque... ¡con mil demonios!

— ¿No ha comprendido Vd. lo que quiere decir el bosque?

— No necesito saberlo.

— Pues voy á explicárselo: Manuela se hallaba encausada por don Tadeo, y un caballero, llamado don Demóstenes, la libtó á ella y á su parroquia. El caballero se ha hecho digno de la gratitud del pueblo. ¿Le parece á Vd. que esto tiene algo de malo? Una vez pusieron un bosque que tenia de un lado un hombre con muchas varas de longaniza metidas en un brazo, y al lado opuesto se hallaban unos tantos de los conocidos con el apellido de Diaz; y habia un letrado que decia: «Hay mas dias que longaniza» Y lo que le aseguro á usted es que por esto no hubo pelea, porque ninguno se dió por agraviado.

— Con su pan se lo coman. Lo cierto es que he venido resuelto á pelear contigo.

— ¿Y conmigo tambien? le preguntó Marta.

— Con todos los que tengan parte.

— Fuimos las dos solas, don Demóstenes.

— ¿Solas?

— Solas, le contestó Manuela.

— No lo creyera yo.

— Pues créalo.

— Es una vileza.

— Tal vez, ¿pero no nos perdonará Vd. jamás?

— ¡Oh!

— Pues mire: si nos ha de volver á tratar mañana con cariño, trátenos de una vez: venga, siéntese aquí en la hamaca con nosotras y cuéntenos qué tales muchachas ha visto en la plaza.

— Lo que me consuela es que he despachado al gato matrero de tu casa.

— ¿Cómo?

— Con un tiro de mi pistola.

— ¡Imposible!

— Como lo oyes.

— ¿Y cómo le quedará á Vd. el bulto con mi mama; y qué hará cuando los ratones comiencen á caer como llovidos y á comerse sus libros y sus cucarachas?

— Pues me iré mañana, para evitar incomodidades.

— No se vaya, don Demóstenes, porque nos hace mucha falta, dijo Marta, yo le daré mi gato á mi tia.

Las palabras de las dos amigas lograron por fin aplacar á don Demóstenes. Por la tarde se jugaron dos toros en la plaza y por la noche hubo algunos bailes.

XXIII.

EL ANGELITO.

Dos dias despues del Córpus, entraba don Demóstenes en su posada y al ir á buscar la mesa para colocar sus insectos, pepas, ranas y flores, sintió esa impresion que todos sentimos al ver desocupado el puesto en quenos habiamos acostumbrado á ver un mueble interesante de la casa; retrocedió lleno de molestia y llamó.

— ¡Caseras!

— ¿Qué? respondió Manuela desde el fondo de la despensa, en donde se hallaba poniendo en unos canastos unos tantos ramilletes de flores y dos ó tres manojos de velas.

— ¿La mesa? preguntó el alojado con enfado.

— ¿Qué mesa?

— ¡Oh! Pues la mesa grande, la mesa de cedro, la mesa que ha entrado como la silla jesuítica en el arrendamiento de la posada.

— ¿Luego no se la llevaron para levantar el trono?

— ¿Qué cuento es ese de trono?

— Para el velorio, pues.

— Parece que tú quieres evadir la cuestion con chicanerías; porque te juro á fe de caballero, que yo no sé qué cosa es esa de trono ni de velorio.

— Ni yo tampoco sé la que son sus chicanerías.

— Tú quieres eludir la cuestion principal con atravesar otras cuestiones que no vienen al caso, y entre tanto, yo sufro una pena verdadera, cargado con todos estos objetos, sin saber dónde se halla la mesa grande para depositarlos, y tú no me respondes sino á medias y sin asomar la cara, contra las reglas mas comunes de la buena crianza.

— Pues tiene que dispensarme por ahora, porque cada prisa trae su despacio.

— ¿Pero existe la mesa grande ó no existe?

— Está donde mi tia, porque se la han llevado para el trono del angelito, en el velorio que se va á hacer esta noche. ¿Ya lo supo?

— Yo quiero prescindir de todo ese fárrago de palabras; pero ¿dónde están los objetos de historia natural que tenia yo sobre la mesa, en virtud de que estoy pagando el alquiler?

— ¿Qué es eso de historia? ¿Las historias no son los cuentos? ¿Vd. tenia cuentos encima de la mesa?

— Hablo de las plantas y animales que habia dejado en la mesa, como el toche disecado, por ejemplo.

— Ese, ¿no entró el gato blanco y se lo llevó, así que se fué Vd. con la escopeta para la montaña?

— ¡Caramba! ¿Y quién responde por ese daño?

— El gato.

— Como se muera, en virtud del jabon arsenicado, me pagará bien cara la picardía. ¿Y el frigüelo, dónde está?

— ¿Eso tan feo y tan hediondo? ¡Ave Maria!

— Ese individuo que constituye un solo género?

— Se fué al muladar, que es adonde le pertenece, porque la sala estaba que no se podía aguantar. El corazón lo aparté para remedio, y por ahí lo tengo en la cocina.

— ¿Para qué remedio?

— Para no olvidar; ¿luego Vd. no lo sabia?

— ¿Cómo?

— Hecho polvo y haciéndoselo tomar en ayunas, sin que lo sepa, á la persona á quien se le quiere dar.

— ¡Hombre! lo que se ponen á creer á mediados del siglo XIX!... ¿Y el mico?

— Adentro lo topa en su alcoba.

— Es decir que me has hecho una segunda revolucion oficial, muy parecida á la que me hiciste el dia de mi visita á Clotilde; y ahora me permitirás que te diga, que en esto lo que se ha hecho es tratarme con muy poca consideracion, y yo he de aguantar de cuenta de angeles somos; y vengo á preguntar por una cosa que tengo derecho, y se me responde del otro lado de un tabique, y con bravezas.

— Es que yo tengo una cosa, don Demóstenes, que al son que me tocan bailo, y como Vd. vino á preguntar la mesa con tanto tono, ¿qué quiere usted!

— ¿Pero qué quieres? El cansancio y la fatiga de todo un dia, trepando y rodando por esas breñas del Botundo, y venir á encontrar estas novedades...

— Pero Vd. es tolerante, y tolerancia quiere decir aguantar, segun lo que Vd. mismo nos ha dicho.

— Pues bien, Manuela; todo lo aguanto yo, todo lo tolero, menos que tú estés brava, y que no me presentes tus divinos ojos, tu boca dulce y agradable y toda tu presenciam encantadora para contemplarte, para darte satisfacciones, si te he ofendido. Pero ¿dónde estás? Déjame ver el iris de tu sonrisa despues de la tempestad, quiero ser tan dichoso como los hijos de Noé. ¿Me oyes?

— Le oigo, pero no le entiendo.

— Que quiero verte.

— ¿Y qué se suple?

— Extasiarme contemplando tus formas seductoras, derretirme con el fuego de tus miradas. Lo que está presente es lo que seduce y encanta. De la ausencia ó falta de vision dimana muchas veces la inconstancia de que estuvimos hablando ayer.

Estas últimas palabras las dijo don Demóstenes arriándose á la despensa, y en el acto exclamó:

— ¡Hola! ¿con que tú tambien estabas por aquí?

— Sí, señor: oyendo y aprendiendo cosas buenas para ir teniendo experiencia; lo que tiene es que yo poco entiendo, contestó Marta.

— Yo soy el que no entiendo absolutamente eso de velorio, trono y angelito.

— Pues le diré lo que hay, dijo Manuela. Se murió mi ahijado, el hijito de mi comadre Pia, y lo vamos á bailar.

— ¿Bailar?

— Sí, señor; bailar.

— ¿Bailar á un muerto? ¡Vaya una ocurrencia!

— ¿No ve Vd. que es angelito de cinco meses?

— ¿Y por eso deja de ser un muerto? Esto no sería escandaloso en los siglos medios y en los dominios de los monarcas, ¡pero en el siglo XIX, y en las goteras de una república que se ha dicho que va á la vanguardia! ¿Eso no se puede tolerar!

— Y tiene que prestarme su ruana colorada, su espejo de afeitarse, su colcha, y su pañuelo lacre, el que puso usted de bandera el dia que se volvió cónsul de la extranjería por librarme de los policías.

— Lleva todo lo que quieras; ¡pero bailar á un muerto!

— Y lo cito para un bambuco.

— ¡Mil gracias! Allá iré, no por bailar, sino por sacar algunos apuntamientos para mis artículos de costumbres; porque los artículos de costumbres son el suplemento de la historia de los pueblos.

— Pues hasta luego, hasta luego, dijeron las dos primas y salieron de la casa, llevando cada una un canasto de útiles para el velorio.

Ya la noche se habia acabado de oscurecer y al encender don Demóstenes la vela de su alcoba, se halló con un difunto extendido en su cama y cubierto hasta el pecho con sus cobijas.

Se quedó indeciso por algunos instantes, observando el cadáver, hasta que por último murmuró:

— ¡Ellas fueron! ¡Y ver el disimulo que gastan! No hay duda que estas puertas abiertas á todas horas tienen sus desventajas.

A este tiempo se reian fuera de la sala Ascension y Panchita y hasta la venerable dueña de la casa.

El difunto era una persona muy conocida de don Demóstenes: era un mono de los mas grandes, que estaba disecado desde la vispera. Levantó la sábana y se quedó contemplándolo.

— Hé aquí, dijo el naturalista, la verdadera imagen del hombre. La frente, los ojos y las orejas son las que yo he visto en algunos peones de los trapiches; las orejas cartilaginosas y sin vello, son las de la humanidad

en general; las manos se parecen exactamente á las manos enjutas de los empleados, pero no diré nada de las uñas. Las narices son un poco deprimidas; pero no las hay en Bogotá de este género, aunque la naturaleza por otra parte haya tenido el cuidado de sustituir la falta, dándoles á otros picos de yátaros por narices. Y por lo que hace al rabo, Marco Polo y Jorge Juan ¿no aseguran haber visto hombres con rabo? Yo creo que se debe recabar una ley para que los cazadores no maten monos. ¿Por qué no hemos de eliminar la pena de muerte para el allegado del hombre, cuando está eliminada para los hombres?

Puso la vela sobre el candelero, y metiendo la mano izquierda por debajo de la espalda del mono, lo levantó y colocó sobre su pequeña mesa de ocovo, en donde tenia sus libros, sus manzanas, dulces y sus manuscritos de la semana, á tiempo que sonaban los dobles de las campanas, lo que indicaba que eran las ocho, y se preparó para ir á cumplir con la cita de las dos primas.

Hizo su traslacion con toda pompa, vistiendo ropa de paño, y siguiendo á Ayacucho que iluminaba toda la calle con el farol; doña Patrocinio y Pachita lo llevaban en medio, y detrás iba la servidumbre, Ascension por parte de las caseros, y José por la del alojado.

Cuando se apareció en la sala del baile Ayacucho llevando el farol, salieron las primas á introducir al bogotano, y le pusieron asiento junto de Pia. La sala se pasaba de alumbrada, porque habia un túmulo formado de escalones que teniamas de cuarenta velas, y encima, á mucha altura, quedaba el angelito. Los concurrentes eran todos de la clase descalza: habia tres gerarquías, la de alpargatas, la de quimbas y la del pié descalzo por entero. De la clase de los calzados no habia sino don Demóstenes. En cuanto á los dos partidos allí estaban representados por sus prohombres, ó mas bien por sus promujeres, porque Sinforiana y su hija Cecilia y la enenada de don Tadeo, ocupaban los principales puestos de la sala.

Allí estaba Climaco el *matancero* de la parroquia, con toda su familia, y estaban tambien las hijas de ñor Elías, gente decidida por el partido caido. Don Francisco Novoa pasaba por neutral en esos dias, y ñor Elías por capador.

La música ejecutaba el torbellino en los tiples, las guacharacas y la carraca, y un duo de chuchos que tambien llaman alfandoques.

Rosa de Malabrigo era la que bailaba y se hacia notable, tanto por la soltura de su cuerpo, como por la sombra densa de sus cejas especiales. Ñor Dimas era su pareja. La aureola brillante del placer reverberaba en su rostro de medio siglo, y la actividad de todos sus movimientos daba muestras inequívocas de que estaba sumamente poseido de las inspiraciones del baile. Tenia el sombrero levantado de adelante, la camiseta atravesada y echada sobre los hombros; la piernas un poco encogidas, y hacia sonar fuertemente las quimbas contra la tierra al compás de las guacharacas y la tambora. A ñor Dimas le substituyó Dámaso, y Manuela á Rosa, y luego Cecilia á Manuela.

Tal vez hizo mal Cecilia en presentarse al teatro en aquellas horas en que sus miradas y sus sonrisas eran examinadas por Manuela y por la señora Sinforiana de las Mercedes, y por todos los individuos del partido de don Tadeo Forero; pero el hecho es que Cecilia bailó muy á gusto, segun la sonrisa de sus labios y las placenteras miradas de sus ojos hermosos. Manuela no estaba contenta ni lo estaba tampoco la madre de Cecilia, y para eso que se tardaron un cuarto de hora en relevarlos. Manuela tuvo el acierto de reprimir sus celos; no así la señora Sinforiana, la cual reconvino á su hija delante de los partidos. Fueron saliendo otras parejas á la escena, sin quedar una sola persona que no bailase. Ascension y José bailaron juntos.

Don Demóstenes se hallaba sentado en un taburete de tijera, de una cuarta de alto, al lado izquierdo de Pia, y allí le trajeron Marta y Manuela un plato con una copita de mistela de azafran, acompañada con batidos y mantecadas. Probó don Demóstenes la mistela y cogió en la mano una mantecada; pero fueron tantas las instancias de las dos primas que tuvo que tomarse toda la copita; y en seguida, con la mantecada en la mano, de la cual mordió muy poca cantidad; dijo á Pia:

— Yo te compadezco, porque sé que no hay dolor como el de la pobre que pierde su hijo.

— Dios se lo pague, don Demóstenes! yo sé que usted es un rico muy caritativo con los pobres.

— De lo que estoy admirado es de ver que tú permitas ese desórden.

— ¿Qué desórden, don Demóstenes?

— ¡El baile! ¿No sabes que todo tiene su lugar conforme á las circunstancias? En el templo se reza y se exhiben los misterios del dogma y de la fe; en el teatro se exhiben los cuadros del amor con sus personajes de ninfas, diosas, galanes y damas; en el baile se exhibe la pantomima del amor por los movimientos ligeros y acompasados, así como en el cementerio nos humillamos delante de las reliquias de los muertos con el respeto mas profundo. Pero si se cambian los teatros se profanan, se insultan, se pervierte todo. ¿Qué dirias tú de ver representar en la iglesia el entremes del tio ó la tia; ó de ver representar en el coliseo el drama de la pasion de Cristo? ¿Y qué se podrá decir de este baile profano delante de los restos sacrosantos de un individuo de la especie humana? ¿Y de un hijo, Pia, de un hijo que ha costado desvelos, sufrimientos y dolores? ¿de un hijo, que es el epilogo del amor?

— ¿Pero no ve Vd. que es un angelito de cinco me-

ses, que habia nacido para el cielo, y que se ha ido al cielo, sin arriesgar el alma, y sin pasar trabajos en el mundo?

— ¿Es decir que te has alegrado?

— Eso no, porque he llorado como pocas; pero me he conformado con que se haya ido al cielo el hijo de mis entrañas.

— ¡Pero, bailar, bailar!

— Para que no pene la criatura de Dios.

— ¿Cómo es eso?

— Porque si no se baila dilata en entrar al cielo.

— ¿Esas tenemos? ¿En las goteras de una república que marcha á la vanguardia y en la mitad del siglo XIX?

— Y supuesto que Dios se acordó de Josesito, mejor es que se haya quitado de padecer trabajos. ¡Y á como está el tiempo de ahora! El dia que yo hubiera visto á Josesito preso por no tener con que pagar el tributo de la contribucion, ó amarrado para ir á la guerra, contra su gusto, yo no sé qué hubiera hecho, don Demóstenes, y por esa parte si me conformo con que se haya muerto chiquito.

— ¡Hombre! ni las vacas; porque ellas braman y rebuscan y se muestran inconsolables por la muerte de un hijo, con ser que son animales.

— Por lo mismo, porque si ellas pensarán en todos los trabajos que al ternero se le preparan, bailarían de gusto. Ojalá que yo me hubiera muerto de la misma edad de Josesito, añadió, tratando de disimular el llanto que la ahogaba.

— ¿Y tu mision en el mundo?

— ¿Mi comadre no le ha contado algo? ¿Con que no hacen bien en bailar estas buenas gentes por la muerte de Josesito?

— ¡Pobre Pia! Si cada cual habla del baile como le va en él, tienes razon de quejarse á las piedras; pero la sociedad no es un trapiche, ni todos los mayordomos son tan desnaturalizados con las arrendatarias como el mayordomo del Retiro. Y volviendo á tu hijo, la pérdida es infinita, porque pudo haber sido el apoyo de tu vejez.

— ¡Que se haga la voluntad de Dios! dijo Pia y se limpió los ojos.

La música seguia con todo vigor, en especial la carraca, que no cesaba un solo momento: era un cuadro que merecia un pincel por separado, la figura de ñor Elías, agachado, pegándole al suelo con la carraca, sin dejar apagar la churumbela y sin alzar á mirar á la gente, embriagado con la dulce *flarmonía* de su instrumento, ó quien sabe si afligido por los negocios políticos, pues aunque él contaba con la fidelidad de su compadre para su secreto de la carta de don Tadeo, su conciencia no estaria muy tranquila, despues de haber traicionado á su partido.

Marta y Manuela se habian salido al corredor y estaban apoyadas en la baranda, cuando sintieron á don Demóstenes y le hicieron campo.

— Yo no me habia figurado, les dijo el bogotano, que las preocupaciones humanas llegasen al extremo de profanar la tumba; pero lo estoy viendo con mis propios ojos, y no puedo revocarlo á duda. Los salvajes del Orinoco respetan las cenizas de los muertos sin atender á las edades, y solo estaba reservado á los católicos de la Nueva Granada cometer un acto de barbarie como el que Vds. mismas han perpetrado. El fanatismo es la única cosa que puede disculparlas á Vds.; el fanatismo que ha empujado á los hombres hasta cometer los mayores crímenes. Lo que Vds. llaman trono no es sino la tumba, y se rien y se divierten...

— Y Vd. tiene tambien un muerto en su alcoba, dijo Marta, riéndose como siempre, entre tanto que Manuela sacaba del seno un tabaco muy perfumado de vainilla para dárselo á don Demóstenes.

— ¿Con que Vds. fueron?

— ¿Qué cosa? dijo Marta.

— Las que me metieron entre las cobijas de mi cama el mono que estoy disecando...

— ¿Por qué?

— Porque no fueron otras, y á mi no me parece corriente que me traten así mi cama.

— ¿Eso qué tiene? ¿Usted no disea sus micos y frigüelos sobre la mesa de amasar y de hacer las empanadas?

— ¿Y qué?

— Que yo soy amiga de la igualdad.

Adentro sonaba el torbellino y algunas de las parroquianas trataban de bailar el *valse de los pollos*, el valse antiguo, que no exige las adiciones de la varsoviana y el straus.

— Entre, don Demóstenes, dijo Manuela, y bailamos los dos un valsecito.

— ¿Y las cosquillas? le preguntó el bogotano, acordándose de la afeccion nerviosa de su casera.

— Las escondo.

— ¡No, no, no! dijo don Demóstenes con suma viveza; aunque me ofrezcas todo el entusiasmo de una bailarina de teatro, no bailaré esta noche. Eso dejémoslo para las fiestas, que ya no dilatan.

— ¡Entremos, entremos! dijeron las primas y cogiendo á don Demóstenes de los brazos lo metieron á la sala. Ellas fomentaron un torbellino entre cuatro, y él se puso en un rincon á observar el catafalco que estaba formado de la manera siguiente:

La mesa grande de la señora Patrocinio, forrada en sábanas y colchas formaba la base. Sobre esta descansaba una caja grande y sobre la caja grande otra chica, resultando tres escalones todos cubiertos de ruanas y colchas y de candeleros con luces, ramilletes de flores

Los libros y los lectores, por Valentin.



PRIMERA EDICION.
(La misma obra.) Exito colosal anunciado por los diarios.



LA BARCA DE AQUERONTE.
Mientras haya libros habrá traperos.

y algunos espejos y lazos de cinta lacre. En el pináculo estaba el angelito en un sitial, y la ruana colorada de don Demóstenes unida al cielo raso formaba el solio propiamente dicho. El angelito estaba amortajado de san Antonio, llevando en el brazo un chiquillo de yeso, y en la mano una azucena natural, cogida esa tarde en la huerta de Manuela.

Callaron los músicos con el objeto de componer, como dijeron ellos, porque Rosa y Paula iban á cantar.

— Oiremos la cancion de la muerte, dijo don Demóstenes. La entrada de un ángel al cielo y el dolor de una madre son objetos de una poesia sublime. No cantarán una cosa tan elevada como el poema de la muerte del conde de Noroña; pero yo creo que no saldrán deslucidas.

Rosa y Paula tosieron, y acompañando á sus voces la música de los tiples, cantaron lo que sigue:

Lará, lará.

El hombre que se enamora
De mujer que no lo quiere,
Merece cincuenta azotes
Cantándole el miserere.

Lará, lará.

La mujer que se enamora
De un hombre que la enjarana,
Merece noventa azotes
Cantándole la tirana.

— Esto es inicuo, dijo don Demóstenes.

— Y *ai onde* Vd. las ve duran cantando hasta la madrugada. En los gastos ó en los trapiches les amaneece cantando de esta manera, sin que les falten coplas que recitar en toda la noche, sin repetir una misma, y hay veces que las dicen de tapar orejas.

Las gentes se salian á tomar fresco, por grupos ó por parejas, segun las simpatias particulares ó segun la bandera de los partidos.

Manuela y Dámaso conversaron en el corredor por largo tiempo; las hijas del músico de la carraca, la entenada de don Tadeo y la hija de Sinfioriana salian al patio y á la calle, con la libertad que las hijas del pueblo disfrutan en sus bailes, no estando sujetas á las trabas de la etiqueta que liga á las señoras de alto tono, las cuales tienen que aguantar en un asiento fijo por cinco ó seis horas.

No obstante, se dijo en el baile que las partidarias de

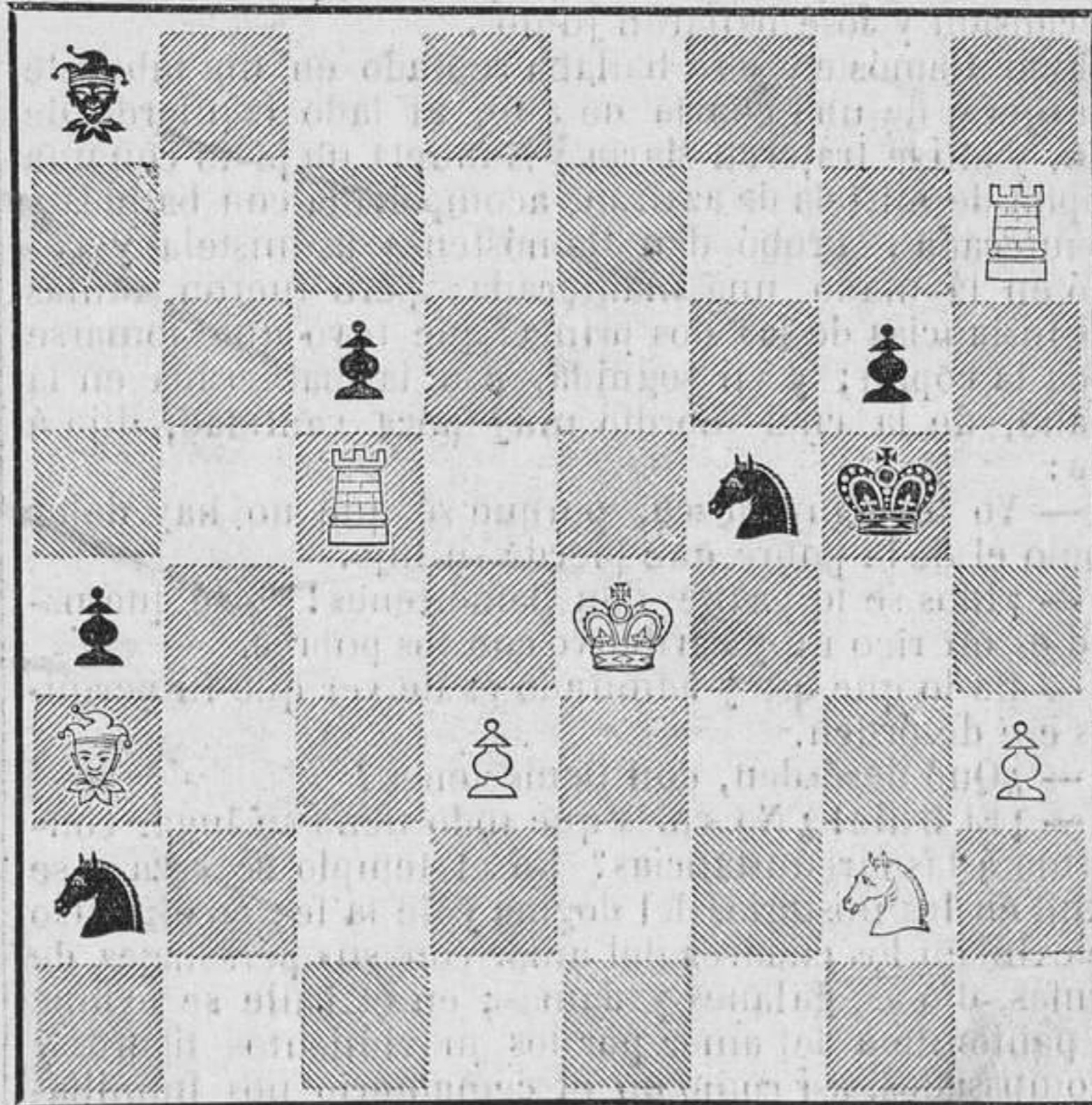
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 285.

- | | |
|----------------------------------|----------|
| 1 C 4ª ARª jaque | C toma A |
| 2 P 4ª CR | A toma P |
| 3 C 4ª R | R Juega. |
| 4 C de 4ª Rª á 6ª Rª jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 286, POR M. FREEBOROUGH.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

don Tadeo Forero no estaban atrevidas como otras veces Felipa y Teodora, que eran las mas violentas del círculo de las tadeistas, en esta funcion eran las mas respetuosas, temiendo seguramente que el nuevo ministerio les promoviese la causa del asesinato que don Tadeo y el dueño de la Soledad habian cortado por su amor á la impunidad.

Don Demóstenes se aperció de que su mision estaba terminada, no habiendo ya que observar en el baile del angelito, y llamando á su perro y á su criado se fué á la posada con muy buena disposicion para dormir. Por el camino le habló á José de esta manera:

— ¡Hombre! ¿qué te pareció el baile?

— El baile, buenísimo, mi amo; le contestó el indigena.

— ¿Pero no te pareció que todas estas son aberraciones?

— Herraciones, mi amo, herraciones.

— Porque ¿á qué viene este baile profano?

— Profano, mi amo.

— Que la esposa de un nobad se quemé delante de la tumba del esposo, tiene alguna razon; la perpetuidad del matrimonio oriental llevada á un grado mucho mas alto que la perpetuidad del matrimonio católico; pero que la madre vea á los tunantes bailar en la presencia del hijo muerto y oiga á las trapicheras cantar obscenidades, esto no tiene solucion que poderle dar, ¿no te parece?

— Sí, mi amo, esto no puede tener *absolucion*.

— Tal vez esto consiste en no quererse persuadir los hombres de que la muerte no es sino un hecho comun, que es la causa de otros mil desatinos que cometen los católicos, ridiculos y perniciosos á cual mas.

— Sí, mi amo, á cual mas.

— Por que ¿á qué fin taladrarme á mí los oidos en Bogotá con los dobles de todas las campanas el dia de finados? ¿A qué fin amortajar de fraile al que no fué ni siquiera devoto? ¿A qué fin cantar los versos de la Biblia, en que no creen los hombres civilizados desde que escribió Voltaire, con excepcion de los sencillos protestantes, cuando se muere un católico, y á qué fin pagar plata por esos cánticos? Todo esto no depende sino del miedo inconsulto de la muerte, ¿no te parece?

— Sí, mi amo, el *insulto* de la muerte.

— Y esto es la causa de ese otro desatino; pero vaya que siquiera Paula y Rosa no le habrán llevado seis ú ocho pesos á Pia, por el canto de sus versos; y es porque no dependen del círculo de la teocracia.

— Sí, mi amo, de la *trocasia*.

(Se continuará.)